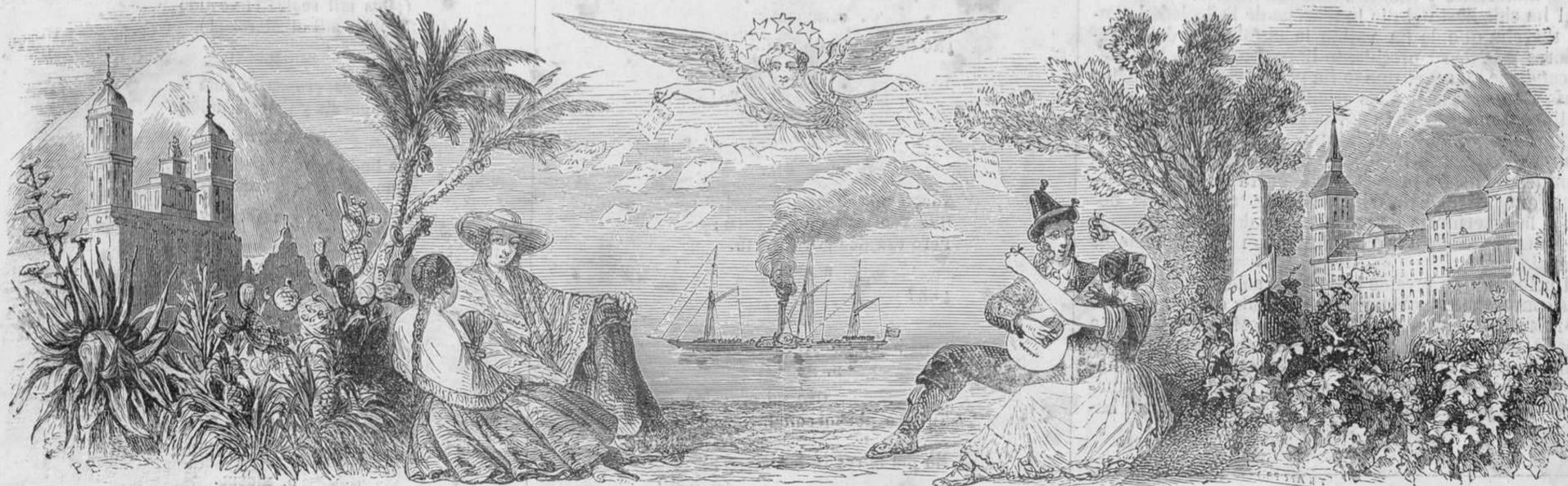


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 188.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en París

SUMARIO.

S. A. R. el conde de Flandes; grabado. — **La hipocresía del vicio**. — **El go-u-lan de los chinos**; grabado. — **Los carruajes de la embajada de Francia en Rusia**; grabado. — **Restauración exterior del palacio Mazarino**; grabados. — **Revista de París**. — **Hombres ilustres de la América española**. — **De París a San Petersburgo**; grabados. — **Gerifalte**. — **Divona**; grabados. — **La mina de oro**. — **El palacio del Luxemburgo**; grabado.

S. A. R. el Sr.

CONDE DE FLANDES,
Presidente honorífico de la Sociedad central de agricultura de Bélgica.

La Sociedad central de agricultura de Bélgica cuenta apenas dos años de existencia y ya se compone de mil ochocientos miembros; es un triunfo único en los anales de la agricultura. Colocándose como la Sociedad real de agricultura de Inglaterra y los congresos agrícolas de la Holanda, fuera de toda tutela del Estado, tomó una posición que no contribuyó poco á aumentar el número de sus adictos; y apartando de sus debates toda discusión política, y conservando siempre la imparcialidad y la moderación en el examen de los actos administrativos, la Sociedad central no tardó en obtener una simpatía tanto mas viva, cuanto que ha llegado á producir la unión de los partidos que la política divide. Y es de advertir que ha sabido granjearse esta simpatía por to-

das partes en las aldeas favoreciendo toda tentativa de progreso.

Su intervención se extiende á todo lo que tiene relación con los intereses de la economía rural, y así pro-

testó contra las autoridades municipales que recargaron los abonos con un derecho de salida. Por medio de sus circulares hizo comprender á las administraciones urbanas y rurales que debían utilizar ciertas materias

fertilizadoras que se pierden hoy en la vía común y que dañan la salud pública, y pidió con instancia á los hospicios que las tierras de que disponen se hiciesen mas sanas y productivas mediante los desecamientos.

Una vez que llegó á su noticia que en el comercio de semillas de lino y de abonos artificiales, se hacían fraudes escandalosos, reclamó del Estado medidas previsoras y represivas; señaló las sociedades cuyas combinaciones financieras eran contrarias á los intereses de los habitantes y nombró una comisión con el objeto de apresurar las obras destinadas á evitar las inundaciones periódicas en Flandes; reclamó la creación de un Instituto agrícola y pidió para las escuelas de los pueblos libros cuya lectura pueda dar á los niños las primeras nociones del arte agrícola é iniciarles en la marcha progresiva del cultivo; por último, sacó á concurso una cuestión de ciencia económica cuya solución debe poner en evidencia á la agricultura y mostrar el puesto que la pertenece en la estimación del público. Pero el acto mas importante de su intervención en los asuntos agrícolas es seguramente el estudio que provocó sobre la destilación de la remolacha en las explotaciones rurales. Uno de sus delegados, M. Vanden Broeck, químico de la Sociedad, recibió el encargo de venir á Francia á estudiar esta industria, y á consecuencia de



Retrato de S. A. R. el señor conde de Flandes.

su entendido informe se han establecido muchos destilatorios agrícolas bajo los auspicios de la Sociedad central. En sus asambleas generales la Sociedad central ha discutido las cuestiones más graves que tocan á los intereses materiales y morales de las naciones.

Tal ha sido hasta el día la marcha de la Sociedad central, marcha que la ha valido la aprobación de los labradores y la de su presidente honorífico S. A. R. el señor conde de Flandes, que se ha propuesto otorgar todos los años recompensas á los que se distinguen en la parte científica ó práctica de la agricultura. Así en su última sesión solemne, la Sociedad tomó la iniciativa para ofrecer una recompensa honorífica al inventor de la inoculación (como medio preservativo contra la pleuropneumonia exudativa) á M. Willems de Hasselt, que ha dotado á la veterinaria de ese precioso descubrimiento y que ha enriquecido á la agricultura con un inapreciable beneficio.

El príncipe que preside todas estas solemnidades agrícolas comprende perfectamente el valor de las palabras del moralista inglés Swift, que la Sociedad central ha tomado por epígrafe de su boletín mensual: « El que ha hecho nacer dos matas de yerba donde antes no había más que una, ha hecho más en favor de la humanidad que el conquistador que ha ganado veinte batallas. » P. B.

LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Continuación.)

ESCENA II.

D. MIGUEL. INÉS. BENITO.

INÉS.

Vamos, ya me he puesto el traje.
¡Extravagancia como ella!...
¿Me sienta bien?

D. MIGUEL.

Sí. ¡Oh, qué bella.

INÉS.

Pareceré un personaje.
(Se pasea con afectado señorío.)

BENITO.

No hay mujer que no se esponje
Si cuerda á su orgullo dan.

D. MIGUEL.

¡Divina! ¡Y luego dirán
Que el hábito no hace al monje!

INÉS. (A Benito, pavoneándose y mostrándole los pendientes, pulseras y demás accesorios.)

Mira. Es completo el ajuar.

(A D. Miguel.)

La causa de este capricho,
Aunque usted nada me ha dicho,
Es fácil de adivinar.

Yo no vengo á ser aquí,
Aunque esta gala me entolde,
Sino una especie de molde;
¿No es verdad? Un maniquí,
No para esta humilde sierva,
Sino para alguna dama
Que ese corazón inflama,
Tanto lujo se reserva.

D. MIGUEL.

¿Y si fuese para tí?

INÉS.

¡Qué locura! Vaya, usted
Quiere tenderme una red
Para burlarse de mí.

D. MIGUEL.

No tal.

INÉS.

¡A un pobre arrapiezo
Tan magnífico equipaje!

D. MIGUEL.

¡Ba! Dos mil reales el traje
Y ocho mil el aderezo.

BENITO.

(¡Cáspita!)

INÉS.

Usted me sumerge
En un mar de confusiones.

¿Quién ha visto tales dones
A la mujer de un conserje?

D. MIGUEL.

Te confieso, cara Inés,
Que no es gratuito el regalo.

INÉS.

Pues ¿á qué título...

BENITO.

(¡Malo!)

D. MIGUEL.

¿No has comprendido...

INÉS.

¡Yo!

D. BENITO.

(¡Pues!)

D. MIGUEL.

Tengo una dama, en efecto,
Que vale más que el Perú;
Pero esa dama... eres tú.

BENITO.

¿Eh?

INÉS.

¡Cómo...

D. MIGUEL.

Oye mi proyecto.

Te juro por mi salud...

(A Benito.)

No me mires tú tan sesgo;

(A Inés.)

Que no corre ningún riesgo
Tu acrisolada virtud.

INÉS.

¡Yo dama de usted!

BENITO.

(Ya empiezo

A entender...)

INÉS.

¿Y mi marido?

BENITO.

(Dos mil reales el vestido
Y ocho mil el aderezo.)

D. MIGUEL.

Dama postiza. Testigos
De esta farsa de teatro
Serán solo tres ó cuatro
De mis íntimos amigos.
Les doy mañana un almuerzo,
Y tú serás — ¿qué te cuesta? —
La Reina de nuestra fiesta.

(A Benito.)

Convéncela tú, mastuerzo.

BENITO.

Tratándose de una farsa
Que no ha de salir de aquí...

INÉS.

Pero ¿qué dirán de mí
Los que entren en la comparsa?

D. MIGUEL.

Ninguno te vió jamás;
Tu nombre será supuesto,
Y puro, cándido, honesto
El amor que fingirás.

INÉS.

Puro amor... ¡Qué desatinos!
¡Y en traje de archiduquesa
Me sienta usted á una mesa
De jóvenes libertinos!

D. MIGUEL.

Dios, Benito y tu conciencia
Te absolverán.

BENITO.

(Pobre chica!...

Diez mil...)

INÉS.

Y ¿cómo se explica
Mi dudosa procedencia?

D. MIGUEL.

Les diremos, pues Benito
Me apoya en el plan que adaptó,
Que soy el héroe de un rapto
Y tú el cuerpo del delito.
Te diré el cómo y el cuándo...

INÉS.

¡Y esto lo escucha un marido
Sin bramar!... Yo nunca he sido
Género de contrabando.

BENITO.

Pero ¡si todo es quimera!...
Haz cuenta, querida Inés,
Que vamos á hacer los tres
Una comedia casera.

D. MIGUEL.

Jóven de ilustre prosapia,
Tú estabas en las Salesas:
Vencida de mis promesas,
Me citas, salto la tapia...

INÉS.

Y dejando el santo rezo
Me escapo con un querido...

BENITO.

(¡Dos mil reales el vestido
Y ocho mil el aderezo!)

D. MIGUEL.

Más la esperanza te guía
De honesta y plácida unión.

BENITO.

La boda es el pabellón
Que cubre la mercancía.

INÉS.

¿Qué boda, qué pabellón,
Si ya, en hora que maldigo,
Me casé, infame, contigo?

BENITO.

¿Te pesa?

INÉS.

Sí, gran...

BENITO.

¡Chiton!

D. MIGUEL.

No serás mañana Inés,
Sino la hermosa Adelaida,
Hija de don Pedro Albaida
Rico hacendado de Uclés.

INÉS.

¡Qué, señor! ¿así se juega
Por un capricho — ¡qué horror!
Con el nombre y el honor
De una casa solariega?

D. MIGUEL.

No hay tal Uclés ni... ¿Estás loca?
No son nombres verdaderos
Los que oyes; son... los primeros
Que me han venido á la boca.

INÉS.

¡Yo robada de un colegio!
Y habrá altar, y un monigote
Vestido de sacerdote
Que... ¡Locura! ¡Sacrilégio!

D. MIGUEL.

¡Yo, un Tenorio, un Lovelace,
Resignarme á ser consorte!
Me silbaría la corte
Si tal fuese el desenlace.
No; como novio mañana
Te hablaré tierno y galán;
Mas... los amigos sabrán
Qué pienso llamarme andana.

INÉS.

¿Qué dirán luego!...

D. MIGUEL.

De Inés

Nada dirán.

BENITO.

Claro está.

D. MIGUEL.

Si dicen algo será
De Adelaida la de Uclés.

INÉS.

Pero Adelaida ó Lorenza,
Si yo sus pullas arrostro,
Mio, señor, será el rostro
Que se cubra de vergüenza.
No, no cuente usted conmigo
Para esa indigna tramoya.

D. MIGUEL.

¡No quieres!

BENITO.

(¡Aquí fué Troya!)

D. MIGUEL.

¡Desairas así á un amigo!

BENITO.

¡Amigo! ¡Oh noble mancebo!

INÉS.

Mientras conserve la vida
Me mostraré agradecida
A tanto como le debo.
Huésped de mi humilde casa,
De tanto favor indigna,
Vertió su mano benigna
Sobre ella dones sin tasa.
Mi madre enferma del pecho,
Postrada...

D. MIGUEL.

¡Pobre señora!
¿A qué recordar ahora...

INÉS.

Ya velando el triste lecho...

D. MIGUEL.

¡Oh! Calla...

INÉS.

Ningun servicio

Le podíamos prestar,
Y no se quiso mudar
Por hacernos beneficio.

D. MIGUEL.

Deja esa historia prolija.

BENITO.

Tambien para mí fué un padre.

INÉS.

Y nunca hmilló á la madre,
Nunca sonrojó á la hija.
Cuidó á la pobre doliente
Con tanto amor como yo
Hasta que Dios la llamó
A su trono omnipotente,
Y cuando de tierna edad
Sola en el mundo quedé
Escudo de mi honra fué
Y amparo de mi orfandad.

BENITO.

Y te buscó honesto abrigo
En casa de Pedro Ayala...

INÉS.

Solo hizo una cosa mala.

D. MIGUEL.

¡Yo!

BENITO.

¿Cuál?

INÉS.

Casarme contigo.

BENITO.

Gracias.

INÉS.

Es mi bienhechor...

D. MIGUEL.

¡Basta!...

INÉS.

Pida, si algo vale,
Mi sangre, mi hacienda...

D. MIGUEL.

¡Dalé!

INÉS.

Todo, ménos el honor.

D. MIGUEL.

¡El honor! Me desespero.
Si todo es vana apariencia,
¿A qué viene esa sentencia
A lo Francisco primero?

INÉS.

Mas sea apariencia ó no,
Mozuelas hay, don Miguel,
Que harían ése papel
Mil veces mejor que yo.

D. MIGUEL.

Daría mi plan al traste
Con su aire procaz y chusco;
Y, ya ves lo que yo busco
Sobre todo es... el contraste.
Se trata de una virtud
Que ama y gime al pié del ara,
Y para eso hay en tu cara
Mas verosimilitud.

INÉS.

Y ¿por qué — ¡yo pierdo el juicio! —
Quiere usted que contribuya
A que cubra usted la suya
Con la máscara del vicio?
¿Por qué en esos laberintos,
Aunque ahora estén en boga,
Se mete usted? ¿Por qué ahoga
Sus generosos instintos?
Que mientan virtud los malos,
Lo explico, aunque lo condeno;
Mas fingirse malo el bueno,
Gusto es que merece palos.

BENITO. (Aparte á Inés.)

Eso es decirle una fresca.

INÉS.

¡Quita, que me das horror!

BENITO.

Perdónela usted, señor.
No sabe lo que se pesca.

D. MIGUEL.

Tú te inquietas sin motivo.
Tu tenacidad me aflige.
Tú no sabes lo que exige
La sociedad en que vivo.

INÉS.

Pero ; señor! ¿qué cuidado...

D. MIGUEL.

Si á mi socorro no acudes,
Voy á quedar, no lo dudes,
Comprometido..., afrentado.
Tengo anunciado el festin
Que ha de darme tanta fama;
Y si le falta la dama,
¿Qué será del paladin?
Será preciso que aguante
La rechilla universal
Y seré en la capital
Un pária, un judío errante.
¡Oh! Quiero ántes un presidio
Que tan funesto revés.
¡Por Dios, Inés!... ¡Mira, Inés,
Que este es caso de suicidio!

BENITO.

¿Lo oyes, corazon de hiena?

INÉS.

¡Jesus!... ¡Quisiera morirme!

D. MIGUEL.

Basta. ¡Adios!...

BENITO. (En voz baja, deteniéndole.)

No, señor. ¡Firme!

D. MIGUEL.

Por mí, se acabó la escena.
Convence tú á la inhumana,
(En actitud de quien se dispara en la sien una pistola.)
O un tiro...

BENITO.

¡Oiga usted!...

D. MIGUEL.

No quiero.

Tomo el tilburí, y te espero
En la fuente Castellana.

(Vase por el foro.)

ESCENA III.

INÉS. BENITO.

BENITO.

Fiel á la nupcial coyunda,
Pero terca como un mazo,
No sé si darte un abrazo
O sacudirte una tunda.

INÉS.

¡Calle! ¿Con esas á mí?
Ni á la tunda me resigno,
Ni de mis brazos es digno
Un hombre tan baladí.

BENITO.

Hablemos con calma, Inés;
Ten un poco de chirúmen.
¿Qué nos piden, en resumen?
Que hagamos un entremes.
Tambien con horror y grima
Saltaría yo hasta el techo,
Cara Inés, si á vias de hecho
Pasase la pantomima:
Mas ¿qué arriesga entre esos mozos
Tu virtud impertinente?
¿Te piden mas contingente
Que lágrimas y sollozos?
Y sin el menor tropiezo
Ganas por de pronto un gaje...

INÉS.

¿Cuál?

BENITO.

¡Dos mil reales el traje
Y ocho mil el aderezo!

INÉS.

¿Y por el vil interés,
¡Infame!...

BENITO.

No hay tal infamia.
Aparente es la bigamia
Y Adelaida no es Inés.
¿Cómo á desairar te atreves
A ese mismo cuyo nombre
Tanto has bendecido? ¡A un hombre
A quién todo se lo debes!

INÉS.

¡Poner mi cara al servicio
Del vicio que le extravía!

BENITO.

No es vicio; es hipocresía;
La hipocresía del vicio.

INÉS.

Mas con tal solicitud
¿Por qué abochornarme á mí
Que nunca hipócrita fui
De vicio ni de virtud?

BENITO.

Tu tonillo me da espanto,
Porque voy temiendo ya,
Que, á ser de veras, quizá
No lo sentirias tanto.

INÉS.

Claro está.

BENITO.

¡Cómo!...

INÉS.

Pues, necio;

Si, aunque honrada, soy mujer,
¿Cómo me puede ofender
El amor mas que el desprecio?
Se excusa el amante arrullo,
Obtenga ó no galardón,
Mas nunca espere perdón
El que hiera nuestro orgullo.
No me ha tentado el demonio
Todavía...

BENITO.

¡Ay san Vicente!

Ni quiera Dios que te tiénte.
¡Siquiera este matrimonio!

INÉS.

Mas sí, tomando otro sesgo,
Llego á olvidar mis deberes,
No pecaré por poderes,
Sino de mi cuenta y riesgo.

BENITO.

¡Por Dios, querida, no trueques
Los frenos! Nadie conspira
Contra tí; todo es mentira;
Nadie te manda que peques.
Todo es un pueril capricho;
Mas si no salé con él,
Se matará don Miguel;
Si, lo hará como lo ha dicho.
Y él aguarda tu respuesta,
Y he de llevarse la yo,
Y si se reduce á un no,
Tal vez me será funesta.
El tiene malas cosquillas
Y puede...

INÉS.

Eso es lo de ménos.

BENITO.

¡Verás con ojos serenos
Que me rompa las costillas!

INÉS.

Sí.

BENITO.

El corazon me desgarras.
Cuando esperaba regalos...

INÉS.

Así harás bondad á palos
Como el médico de márras.

BENITO.

Un nó es tremendo vocablo
Y, si he de hablarte de veras,
Yo...

INÉS. (Con despecho, y desviándose de Benito.)

Pues dile lo que quieras
Y cargue contigo el diablo.

BENITO.

¡Oh mujer fina y constante
Digna de laurel eterno!...

(Acercándose.)

Permite á un esposo tierno...

(Al tomar la mano de Inés, esta le da un bofetón.)

INÉS.

¡Quite allá!

BENITO. (Tentándose la mejilla y haciendo una contorsion.)

¡Fump!...

(Con risa forzada.)

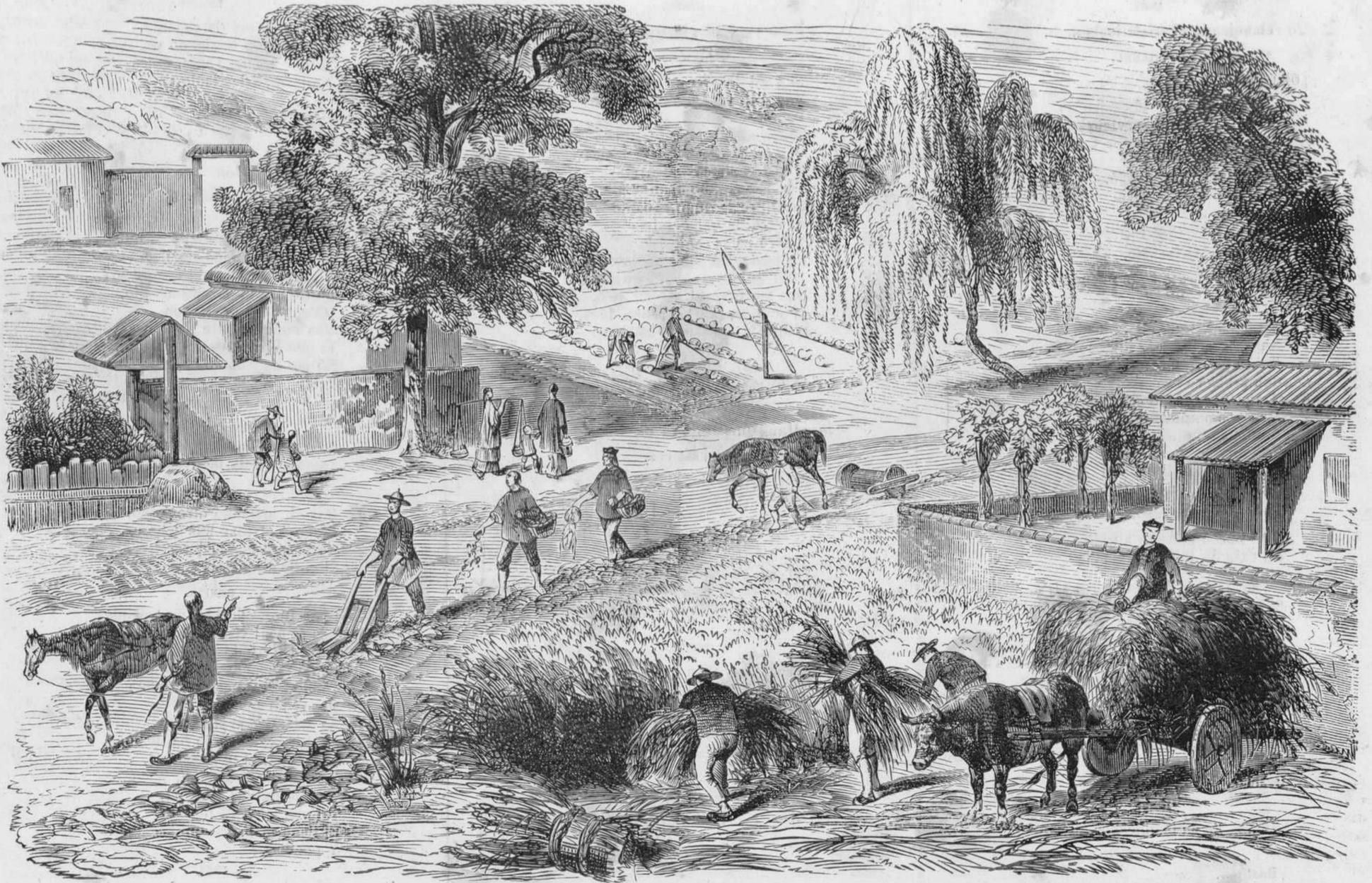
Salvo el guante.

(Se continuará.)

El go-u-lan de los chinos.

Entre las plantas alimenticias desconocidas en Europa, debemos contar una especie de trigo llamado *go-u-lan* por los chinos. El *go-u-lan* se siembra como el trigo ordinario, y parece ser como este de una grande utilidad para la alimentacion. Su grano se parece un poco al mijo; tiene hojas que sirven de legumbres, y un tallo bueno para alimentar á los animales domésticos; su mayor altura es de cinco pies. Damos aquí un dibujo que representa la cosecha cerca del camino de Ge-Hol. El entendido profesor Kowaleski, agregado durante algun tiempo á la mision de Pekin, envió muchas muestras á las corporaciones científicas de Moscou y de San Petersburgo.

M. DE L.



Recoleccion del go-u lau y operaciones agrícolas en las cercanías de Pekin.

Los carruajes de la embajada de Francia en Rusia.

La embajada extraordinaria que S. M. Napoleon III envía á San Petersburgo para asistir á la coronacion del emperador de Rusia, se dispone á desplegar allí un gran

lujo, si hemos de juzgar por el número y la hermosura de los carruajes que lleva el señor conde de Morny; nueve carrozas entre ellas una gran berlina de respeto y tres coches para la comitiva en las ceremonias; cinco berlinas, carretelas y otros carruajes ordinarios se han fabricado especialmente para el embajador extraordinario de Francia en los talleres de los señores Binder her-

manos de Paris. La berlina que reproducimos en nuestro dibujo se distingue por su riqueza, ligereza y elegancia, cualidades que no faltan tampoco en los otros carruajes que la acompañan, y que sostendrán dignamente en Rusia los productos de los constructores de Francia.

G. F.



Coche de respeto de M. de Morny embajador extraordinario de Francia cerca de la corte de Rusia.

Restauracion

EXTERIOR DEL PALACIO MAZARINO.
(BIBLIOTECA IMPERIAL).

El rico y poblado barrio de la Bolsa contará en breve un nuevo embellecimiento con la fachada de la Biblioteca imperial sobre la calle Vivienne. El muro que en los proyectos anteriores presentados por M. Visconti se destinaba para construir una nueva galería, ha sido demolido con sus tiendecillas y en su vez habrá una verja monumental que no servirá de obstáculo para admirar uno de los productos mas interesantes de esa arquitectura medio francesa y medio italiana del siglo XVII.

La restauracion de las fachadas cuyo dibujo damos, debida á M. Labrousse, prueba el buen gusto y saber de ese inteligente arquitecto. Para dar al aspecto de esas construcciones la simetría que faltaba, se ha elevado en la calle Vivienne un pabellon sobre el modelo del pabellon colocado á la esquina de la galería Mazarina. Ahora se trata de repetir esa fachada con tres pabellones por el otro lado apoyándola sobre la fonda de los Extranjeros en un edificio que se habria de construir para la administracion del telégrafo; pero esto es un proyecto y nada mas; lo que está decidido es que el patio será reemplazado por un jardin inglés por el estilo de los que se ven al rededor del Louvre, y que el edificio existente enfrente del hotel Tubeuf, será restaurado y arreglado para el servicio de la telegrafía que se va á instalar en él provisionalmente.

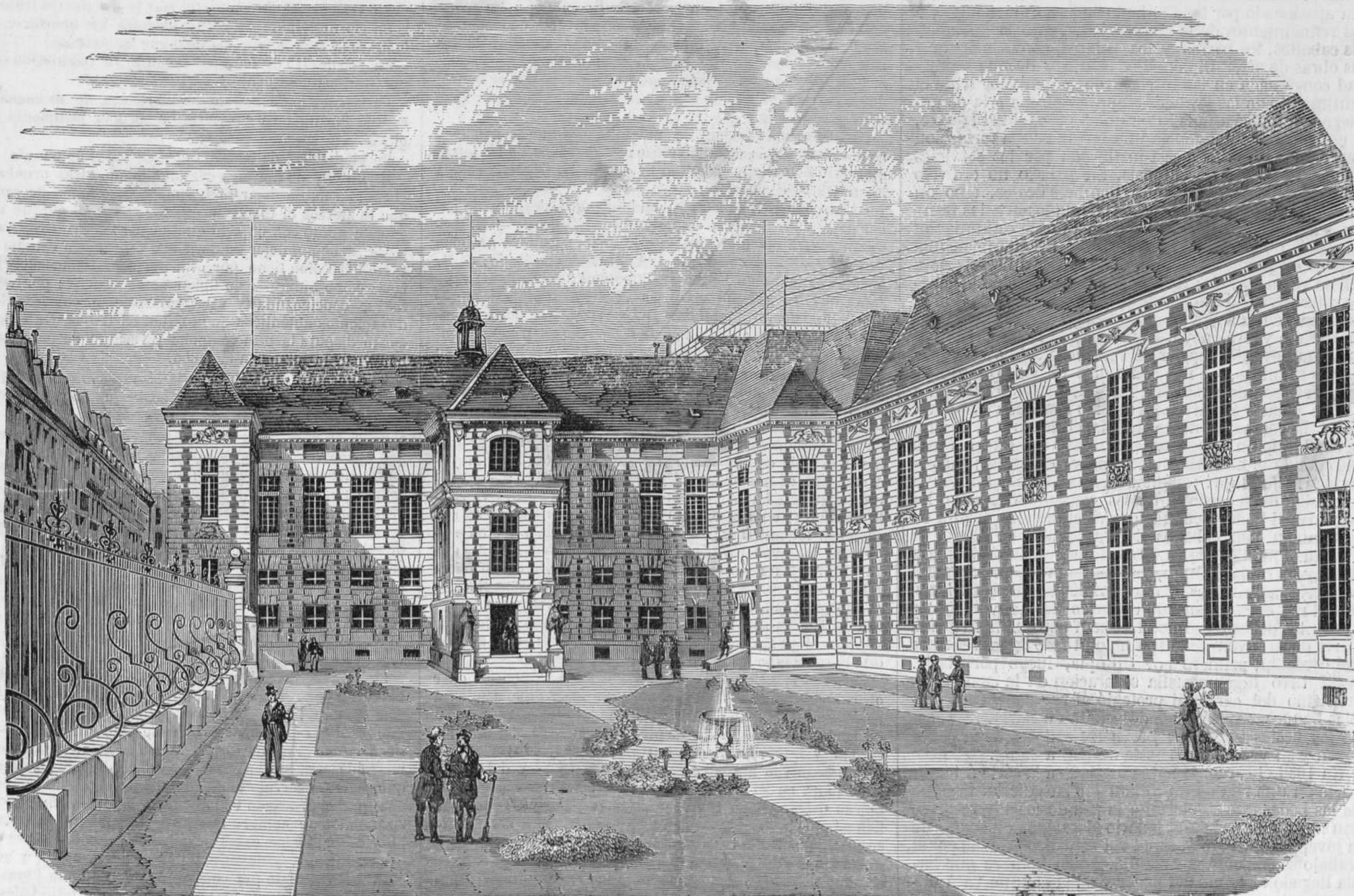
El arquitecto restaurador ha tratado de restituir al edificio su carácter primitivo. Sin embargo, ha sido preciso respetar ciertas disposiciones mas recientes cuya modificacion habria ocasionado gastos considerables. De este modo la escalera que hoy está en el pabellon del fondo, existia en el pabellon central; las consolas de debajo de los balcones datan sin duda del tiempo del imperio, y reemplazaron ornatos de un gusto mejor y mas propio del estilo general del palacio Mazarino. Pero estos son defectos poco sensibles á primera vista, y que por otra parte no destruyen el interés de la restauracion que

acaba de hacerse. Se estaba muy léjos de sospechar la existencia en ese barrio de París de una arquitectura de tanto gusto, solidez y elegancia, á la cual deben su carácter de originalidad campestre, ciertas partes de los palacios de Fontainebleau y de Versailles. Esta revelacion artística llamará mucho la atencion de los partidarios del gran siglo. Ahora solo es de desear que las construcciones del patio principal cuya puerta da á la calle Neuve-des-Petits-Champs merezcan una restauracion semejante; se asegura que S. E. el ministro

de Estado tiene el proyecto de ors denarla. Las construcciones que dan á ese patio y que del otro lado sobre la parte de detrás, forman el ángulo de los tres pabellones reproducidos en nuestro dibujo, pertenecian al antiguo hotel Tubeuf. Mazarino le compró al mismo tiempo que las casas de Carlos Duret, señor de Chivry, presidente del tribunal de Cuentas de París situadas á la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs y de la calle Richelieu. El arquitecto Le Muet parece dió el plano del hotel Tubeuf. El adorno interior fué confiado á Simon Vouet, el mismo que habia adornado el Palacio-Cardenal, llamado desde 1643 Palacio Real. Habiendo resuelto Mazarino elevar enfrente del palacio construido por Richelieu una habitacion superior en magnificencia, ofreció á un arquitecto italiano muy en boga, el caballero Bernin, la suma de setenta y cinco mil francos; pero Bernin no quiso venir á Francia. Entónces Mazarino se dirigió á un francés, el gran Mansard, y este recibió el encargo de elevar las nuevas galerías. A él se debe la construccion de la parte del palacio Mazarino paralela á la calle Vivienne que se ve reproducida en nuestro dibujo. — A propósito de Bernin todo el mundo sabe que despues de haber declinado el honor de construir el palacio Mazarino, le negaron el de contribuir á la conclusion del Louvre. Perrault cuenta con mucha gracia la historia de esta desgracia del caballero á la que debe Paris uno de sus mejores monumentos, la fachada de columnas del Louvre. Luis XIV halló los dibujos que le fueron presentados inferiores á la grandeza de sus proyectos, y entónces, por consejo de Colbert, resolvió traer de Italia al hombre que la opinion de la Europa colocaba muy por encima de todos los artistas de su época. Bernin no pudo resistir á las promesas de los enviados del rey y se puso en camino; Perrault nos ha transmitido la descripcion de los honores que se le hicieron. Llegado á Versailles, presentó sus dibujos. El hermano del médico que ocupaba cerca de Colbert el puesto de primer arquitecto, no dejó de criticar aquellos dibujos; pero tal era la conside-



Medalla acuñada con motivo del proyecto de conclusion del Louvre por el caballero Bernin.



Nueva fachada de la Biblioteca imperial de Paris, en la calle Vivienne.

ración de que disfrutaba el caballero que sus planos fueron adoptados á pesar de todas las imperfecciones que se habían señalado en ellos. El rey estaba cansado de tantas tardanzas, y fijo el día para colocar la primera piedra de fundación de la fachada principal del Louvre. El rey, seguido de la corte, presidió la ceremonia, maneó la paleta, tomó la argamasa en la artesa, y colocó en un hueco de la piedra una placa con una inscripción y una medalla. « La medalla, dice Perrault, era de oro y tenía por una cara la cabeza del rey y por la otra el dibujo del caballero Bernin con estas palabras: *Majestati et eternitati Imperii Gallici sacrum*. Valia cien lises; había sido fundida por M. Varin, y las palabras estaban grabadas por M. Chapelain. »

Cuando los cimientos de la fachada del Louvre estaban bastante adelantados, el caballero resolvió marchar á Italia, no queriendo pasar el invierno en París á su edad de setenta y cinco años; todas las promesas de Luis XIV no pudieron decidirle á que se quedara. Pero apenas había salido cuando se empezó á trabajar para que el ministro y el rey anularen la decisión que habían tomado. Se abrió una información y se invitó á los arquitectos á que dieran su opinión y presentaran nuevos planos. A consecuencia de un exámen largo y minucioso, se abandonó el proyecto de Bernin y se adoptó el de Claudio Perrault definitivamente. Se hicieron de nuevo las obras de fundación y la medalla pasó de la piedra en que había sido depositada, al gabinete de medallas del rey. Comprendida en el robo de 1834 fué sacada de las aguas del Sena, y hoy está en la Biblioteca imperial. En una cara se ve la cabeza de Luis XIV y en la otra la fachada del Louvre; al examinar el proyecto de Bernin nadie sentirá que se haya preferido el de Perrault.

En la construcción del edificio que sigue al hotel Tubeuf (1644) Mansard se inspiró de la arquitectura adoptada por Le Muet. Así hallamos esa mezcla de ladrillo y de piedra de sillería que con los colores de la pizarra y de la verdura forman un conjunto armónico y pintoresco.

El caballero Bernin era á la vez arquitecto, pintor y estatuero. Si Mazarino juzgó que un francés podía reemplazar al arquitecto, no pensó que hubiera en Francia pintores dignos de compararsele, y llamó á Grimaldi y Romanelli para adornar las nuevas galerías: Grimaldi se encargó del piso bajo donde hoy se encuentra el departamento de las estampas de la Biblioteca imperial, y Romanelli pintó el techo, uno de los más hermosos que hay en París, y donde el artista retrató á todas las damas de la corte que habían ido á ver como trabajaba.

La magnificencia que Mazarino desplegó en la decoración de las galerías fué asombrosa. En la galería *baja* puso las estatuas, y en la galería *alta*, llamada con su nombre *galería Mazarina*, acumuló las obras maestras de todas las artes, pintura, escultura, etc. Se cuentan pocas organizaciones más artísticas que la de Mazarino; era apasionado por todo lo bello de la naturaleza y por los refinamientos de la civilización. Tanto le gustaban los caballos, los perros y los pájaros, como la ópera y las obras de arte. Diplomático astuto y de una habilidad consumada en las intrigas de la política, tenía el sentimiento de las grandes empresas en materia de gobierno. Impulsó á Luis XIV á que concluyera el Louvre, y empleó con inteligencia una fortuna cuya formación vergonzosa se hallaba casi justificada por los servicios que le permitía hacer al país. Su palacio no era solo una biblioteca abierta á los hombres doctos, sino un museo donde acumulaba á la vista de los artistas franceses los productos del extranjero á fin de estimular su emulación y perfeccionar su gusto. Era también una exposición permanente de la industria universal; pues allí se veían carrozas hechas en Roma, muebles de ébano incrustados de marfil y de piedras duras de Italia, damascos encarnados de Milan, ropa blanca y encajes de Harlem y de Génova, porcelanas de la China, alfombras del Levante, espejos de Venecia y otros cien productos reunidos, « á fin, como dice en su *Agenda*, de que sirvieran de modelos á las imitaciones francesas. »

Este palacio Mazarino ha sufrido muchas vicisitudes. Law, la compañía de las Indias, el Banco y el Tesoro, se establecieron sucesivamente. Pero su mejor época fué cuando le habitaba su fundador; entonces ¡qué actividad! ¡qué lujo! ¡cuántas fiestas! Es preciso leer la expresión de la sorpresa de los contemporáneos en los escritos del tiempo, cuando describen aquella cuadra en que cabían cien caballos de frente, aquella biblioteca abierta al público con 40,000 volúmenes, en tanto que la del rey, cerrada siempre, solo contenía 10,000; aquellas tapicerías admirables, y aquellos 400 cuadros que legados al rey enriquecen hoy el Museo del Louvre. En los aposentos del antiguo hotel Tubeuf pasó Luis XIV una parte de su juventud suspirando al lado de las sobrinas del cardenal, primero por Olimpia, luego por María. Aquí tuvo lugar aquella separación en la cual el patriotismo del cardenal protegió al rey contra sus propias flaquezas y la tierna despedida de María. El ruido de las fiestas sofocó en breve los sollozos de la pobre joven y su voz no llegó hasta su real amante.

En 1656 el cardenal había invitado á la corte á tomar parte en una rifa de un millón en su galería. Después de las bodas que siguieron á la paz de los Pirineos, se dan nuevas fiestas en el palacio Mazarino, en honor de la joven reina. Pero la salud del ministro gastada por el trabajo se empeoraba cada día. Aquel hombre que había llegado al colmo del poder y de la fortuna va á desaparecer; pero antes de morir, quiere ver de nuevo aquellas maravillas del arte y de la industria que per-

dió ya una vez por el destierro, que recobró con tanto trabajo á su vuelta, y que la muerte le arrancará para siempre. Brienne cuenta que una mañana que se encontraba en la galería oyó los pasos de una persona que andaba pensosamente y que tosía y reconoció al cardenal. Era él en efecto, que se arrastraba pálido y sin fuerzas, deteniéndose ante cada cuadro y lanzando suspiros profundos. Brienne tuvo piedad del anciano y le ayudó á volver á su aposento. Mazarino apoyándose en su hombro le decía: « ¡Ay! pobre amigo mío, tengo que dejar todo esto. ¡Adios mis queridos cuadros que me han costado tanto! » La escena es digna del pincel de un gran artista.

Revista de Paris.

M. J. Lecomte en su último folletín de la « Independencia belga, » examina el estado actual de la literatura francesa contemporánea, y de este ligero estudio resulta una verdad incontestable, á saber, que nos encontramos en un período de grande impotencia literaria, sobre todo en cuanto á obras de imaginación. Efectivamente, la novela y el teatro, los dos ramos en que más y con mejor éxito se han ejercitado los autores franceses, nada notable producen en el día. Las comedias que se representan se diría están vaciadas todas en un molde; todas tienen por objeto ¡triste objeto! la pintura de las existencias y costumbres equívocas de ciertas mujeres que la sociedad parisiense consiente en un nivel indigno de ella. Hay además otros cuadros de una actualidad repugnante donde resaltan las vulgares emociones del agiotista, y que sin curar á nadie chocan á mucha gente, á unos porque son jugadores ó especuladores, á otros porque tienen un gusto delicado. Pero en ambos casos, observa con mucha verdad M. Lecomte, tenemos ya demasiados espejos para figuras que no son más que excepciones; y entretanto nadie se acuerda de la verdadera observación social, único fondo sólido y duradero de la concepción dramática.

En la novela el propósito es el mismo; la Bolsa y la mujer mundana se disputan la intriga de las pocas producciones que dan á luz los hombres más afamados en este género, y en medio de esta escasez de obras verdaderamente literarias, los periódicos apelan á los autores desconocidos, entre los cuales no se ve despuntar ningún talento extraordinario.

Sin algunos trabajos históricos ó del género Memorias, que se cultiva hoy bastante, la librería sería tan estéril como el teatro. Y aquí debemos consignar que no se descubre tampoco un nombre nuevo; son siempre los mismos hombres de una generación que se acaba ya, Guizot, Villemain, Cousin, de Remusat, de Tocqueville, los que suministran exclusivamente un alimento á la librería que sin ellos no podría ocuparse más que de reimprimir lo conocido.

Los únicos novelistas que en el día trabajan con cierto éxito son P. Feval, Monselet y E. About; estos autores sostienen el folletín de los periódicos. En cuanto á los novelistas de otros tiempos se contentan con repetir las ediciones de sus obras, viven de su pasado, y muchos de los más célebres como J. Sandeau, L. Gozlan, Mery, M. Masson, J. Lacroix, etc., han abandonado la librería por el teatro, única carrera en que un trabajo feliz halla verdaderas ventajas pecuniarias.

Pero hay una porción de notabilidades que se han lanzado en otras vías despidiéndose más ó menos de las letras ingratas. Entre esta fracción desertora M. Lecomte señala los nombres siguientes:

« Altaroche dirige un teatro del boulevard, después de haber dejado los mejores recuerdos en el Odeon; — M. Aycard prepara en los ócios que le dejan su nueva posición varios estudios históricos, — A. Brot es empleado; — H. Castille se lanza en la literatura política; — X. Eyma consagra una de sus plumas á las cuestiones rentísticas; — Ch. de Fiennes, el folletínista del « Siecle, » se ha enriquecido con su boda; — P. Foucher distribuye su tiempo entre la diplomacia y la política; — Gondrecourt prosigue su carrera militar; — E. González no solo hace dramas sino especulaciones que tienen tan buen éxito como sus dramas; — L. Huart es empresario; — V. du Hamel prefecto; — A. Houssaye dejó la dirección del Teatro Francés por la de una gran compañía de los Campos-Eliseos; — P. Juillerat es jefe de negociado del ministerio del Interior; — A. Jubinal es miembro del Cuerpo Legislativo; — A. Liereux sigue las huellas de su amigo Solar (otro desertor de la literatura) en ese camino de los negocios donde se encuentran los millones; — P. Lacroix ha obtenido un empleo de bibliotecario; — Mery quiere marchar á la Argelia no tanto para enriquecerse como para vivir en un clima cálido; — Ponsard pretende el alto puesto de senador; — A. Royer ha sido nombrado director de la Academia Imperial de Música; — N. Roqueplan se halla entregado á los negocios á pesar de su agudo entendimiento; — A. Second divide su tiempo entre la arquitectura y las letras. »

Larga es la lista, y sin embargo todavía se podrían citar otros hombres llenos de talento y de fuerza que acuden á todos los expedientes para abandonar la ingrata profesión de las letras, para ganar en otra cosa su vida con más facilidad y lucro. La mayor parte de los periodistas se habían adelantado á sus compañeros del libro y del teatro lanzándose en el gran movimiento industrial y financiero que se desarrolló en 1851, y podríamos señalar algunos que han adquirido en este corto tiempo la fortuna brillante que ambicionaban. Esto explica sin recurrir á ninguna otra causa la esterilidad actual de la literatura. Aun los hombres dotados de las facultades más excepcionales quieren separarse de ella, considerándola como una carrera más trabajosa que productiva.

En cambio, sin embargo, hay otros que aun no perteneciendo al gremio literario producen obras, fruto de un estudio detenido, de largos años de tareas concienzudamente proseguidas á través de todos los obstáculos. A esta clase de hombres que, por lo común, solo una vez en la vida dan su nombre al público, se deben muchas investigaciones y apreciables trabajos en el campo de la filosofía, de la ciencia y del arte, y sobre todo de la historia.

En este grupo de autores apreciables acaba de aparecer un nombre nuevo, el de M. Roselly de Lorgues, con una historia de Cristóbal Colón escrita bajo un punto de vista original: M. Roselly de Lorgues pretende haber descubierto que Colón « fué un santo, » y reclama para él la canonización de Roma. El autor funda esta opinión en el crecido número de milagros que precedieron y acompañaron el descubrimiento del Nuevo-Mundo, y asegura que si hasta aquí no se ha reconocido la santidad de Colón, es porque su historia no ha sido escrita más que por autores protestantes, como Humbolt y Washington Irving; que no supieron encontrar la predestinación de aquel grande hombre.

En la obra de M. Roselly de Lorgues abundan las pruebas en apoyo de este parecer singular, verbigracia, examinando su nombre se dice que « Colombo, » palomo en italiano, indica sus relaciones con el Espíritu Santo, y que Cristóbal, « Cristoforo » en griego, significa el que lleva la cruz, y que él debía llevarla por un mundo donde no había penetrado todavía.

Se dice, y por desgracia hay muchos que lo creen, que el viernes es un día fatal: sin embargo, M. Roselly de Lorgues observa que Cristóbal Colón no tenía la superstición del viernes, que consideraba al contrario como un día feliz, y señala estas efemérides en el curso de su primer viaje.

« El viernes, dice, día de la Redención, día de la conquista de Jerusalem, día de la rendición de Granada, parece marcar los principales sucesos de esa expedición cristiana.

En viernes se embarca por primera vez Cristóbal Colón para América. (21 de agosto de 1492.)

En viernes se completa la importante observación de la variación magnética.

En viernes se distinguen las primeras señales del Nuevo-Mundo, los pájaros del trópico.

En viernes aparece el mar de yerbas, ese gran fenómeno pelágico.

En viernes (12 de octubre de 1492) se descubre la tierra.

En viernes, el mismo día, Colón planta la primera cruz en esa tierra nueva.

En viernes (19 de octubre) escribe que quiere estar de vuelta en Castilla por abril, y en medio del mes designado hace su entrada triunfante en Barcelona.

En viernes (16 de noviembre) encuentra una cruz en una isla desierta.

En viernes (30 de noviembre) ordena que se eleve una cruz altísima en el Puerto Santo.

En viernes (4 de enero) al amanecer sale para España.

En el mismo día por la tarde la Providencia lleva delante de él al capitán desertor Martín Alonso Pinzón.

En viernes (25 de enero) el mar le da víveres frescos.

En viernes (15 de febrero) después de libertarse de la tempestad mas horrorosa distingue las Azores.

En viernes (15 de febrero) recobra su tripulación cogida por los portugueses.

En viernes (5 de marzo) la invitación de su enemigo el rey de Portugal se convierte en primer testimonio de su gloria.

En viernes (15 de marzo) entra en Palos en triunfo. »

M. Roselly de Lorgues continúa dando otras pruebas por el estilo á fin de dejar bien sentada la opinión de santidad que le merece el ilustre navegante; pero no porque insista en este punto con un celo que somos los primeros en respetar, debemos dejar de decir que este nuevo estudio sobre Cristóbal Colón tiene por otra parte su importancia histórica: como biografía de Colón se recomienda por sus detalles, concienzuda y escrupulosamente entresacados de documentos auténticos que existen en Italia y en España, y es sin disputa la más completa y verídica de todas las que han visto la luz hasta la fecha.

La literatura nos absorbería el espacio que nos queda, sino diéramos punto aquí para acabar con una historietita de la semana.

Hace algunos días se juzgaba en París una causa en que aparecían delincuentes varios españoles falsificadores de billetes del banco inglés; hoy la justicia entiende en otro asunto por el estilo, pero ahora se trata de un joven peruano. El comercio había notado hace algun tiempo, dice el periódico de tribunales que nos suministra los pormenores de esta historia, que circulaban algunos valores del Perú falsos; últimamente se llegó á advertir que los falsarios habían elegido por objeto de su industria criminal los títulos mismos creados para la extinción de la deuda del Perú. El cónsul general de este país se quejó de ello, y hubo de conocerse que la emisión se practicaba simultáneamente en Inglaterra y en Francia.

Las activas investigaciones á que se entregó la justicia acabaron por revelar que el autor principal de esta fabricación era un tal Joaquín S... oriundo del Perú y de una familia rica y estimada. La vida de este individuo daría un buen asunto á un novelista. De un exterior distinguido, de una educación brillantísima, y hablando varias lenguas, Joaquín había recorrido el mundo dejando su nombre en muchas partes mezclado en singulares aventuras. Su buen tono, sus hábitos de hombre rico y elegante le habían abierto las puertas de muchas casas grandes en las principales ciudades de Europa, y devorado por el deseo de ver y conocer cosas nuevas viajó por países remotos, como la China. Pero la vida ligera y ocupada, al parecer en futilidades, que llevaba, no le había impedido entregarse con afán al trabajo

y al estudio, y hombre muy capaz, ha escrito varias obras serias que no carecen de mérito.

Fácil es conocer que una existencia como esta debía imponer á Joaquin gastos considerables, y así sucedió que en pocos años habia disipado el importante capital de que podía disponer. En este apuro, Joaquin demasiado orgulloso para pedir dinero á las personas de su familia que habrían podido proporcionárselo, tuvo la triste idea de falsificar valores peruanos, lo que hizo con tal destreza que segun un cálculo aproximado, logró poner en circulación por mas de veinte mil pesos de billetes falsos.

Sin embargo, este resultado era para él cosa mezquina, y quiso proceder en grande escala. Entonces vino á Francia con la intencion de falsificar los títulos de renta del Perú, y entabló relaciones con un belga muy hábil en este género de trabajo, y en cuya compañía fabricó valores de diferentes clases. Cuando este socio le abandonó para regresar á su país, Joaquin se dirigió á varios grabadores de Paris, diciéndoles que estaba encargado por el gobierno peruano de mandar hacer títulos de renta para una nueva emision de valores; pero los artistas parisienses concibieron sospechas y no quisieron tomar el trabajo que Joaquin les encargaba.

Mas lo que no halló aquí pudo encontrarlo en Inglaterra. Joaquin tropezó con un hombre que imitaba las letras de un modo tan perfecto que era imposible distinguir las falsificadas de las verdaderas. Este hombre que en un principio hubo de trabajar para Joaquin, se negó luego á ello y quiso denunciarle y hacerle prender. Al saber su detencion el cónsul general del Perú invitó á la policia francesa á que practicara investigaciones en Paris, y á beneficio de ellas se descubrió que Joaquin tenia casa puesta en la calle del Faubourg Saint-Denis, y que en ella habitaba cuando venia á Francia con una querida, una jóven modista que habia conocido algunos años ántes en sus cortas visitas á la capital. De ella tenia un niño que habia enviado á casa de sus parientes que viven en una provincia mientras él iba á Londres. Entre los papeles recogidos en esa casa la policia halló una carta dirigida á la mujer en la que la daba consejos prudentísimos, y la decia que se casaria con ella en cuanto recibiese unos fondos que esperaba. Se calcula que los papeles falsos emitidos por Joaquin tanto en Inglaterra como en Francia ascienden á un valor total de mas de un millon de francos.

MARIANO URRABIETA.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

SALVADOR SANFUENTES.

(Continuacion.)

El rey se queda: los asesinos llegan; Juana quiere salvar á todo trance á Andrés; pero Catalina precipita la ruina de este. Los asesinos consuman su acto. Roberto llega con tropas; Juana exclama:

... ¡ Me habeis perdido !

¿ Dónde me esconderé ?

Luis acercándose á ella la dice:

... Mis brazos,

Juana, te escudarán de todo riesgo.

Ella responde:

Apártalos de mí, que están manchados

En sangre, sí, ¡ en la sangre de mi esposo!

Es evidente, que el alma y el corazon de Juana cambiaron en un instante por el omnímodo poder del poeta, que le convirtió sus malas y violentas pasiones en grandes virtudes. Se dirá, acaso, que ese cambio tan rápido se operó en virtud del discurso que le dirigió Andrés, y que encontramos en la escena V del acto 3º. Si así se piensa, sea.

Los caracteres mejor trazados y mas sostenidos, son los de Catalina, mujer sin corazon y sin principios, como tantas que se encontraban en la corte de Nápoles á mediados del siglo XIV, — mujer que todo lo sacrificaba á su ambicion, que todo lo calculaba con frialdad, que hubiera vadeado rios de sangre por obtener el logro de sus deseos. Desde el principio del drama hasta su desenlace, la encontramos maligna, rencorosa, siempre preparando malos ratos á Andrés, favoreciendo los amores adúlteros de su hijo con su sobrina Juana, urdiendo conspiraciones cuando vió que se escapaba el poder de manos de esta, meditando el asesinato de Andrés cuando vió el mal éxito de sus conspiraciones, y en fin, ayudando con todo su poder á los asesinos hasta el instante mismo de cometer su horrible atentado.

Acciayoli es un hombre de buen sentido, de firmeza, de mucha probidad y que antepone á todo el honor y la conciencia.

Francisca, á pesar de que la vemos muy de paso, es una bella virgen que ha heredado el corazon del padre, y que sabe acallar el grito del amor con la voz imperio del deber; noble jóven, llena de abnegacion, que por no faltar á lo justo y lo decente prefiere irse á sumir en los oscuros rincones de un claustro, en la flor de la edad y cuando brillaba con todo el encanto de la hermosura y de una esmerada educacion.

El carácter de Andrés está pintado algo deferente de como lo presenta la historia; y el desenlace no está tampoco muy ajustado á lo que realmente se pasó; pero el autor nos lo advierte desde el principio, al decirnos

que él ha tomado el argumento de su drama de lo que refiere Sismondi en su *Historia de las Repúblicas Italianas*. Y á pesar de que era por esta parte que debíamos haber comenzado á hablar del drama histórico de Sanfuentes, excusada la inversion, no estará por demás transcribir algunas líneas de los extractos que él nos da de Sismondi, para conocer el asunto de esa pieza dramática.

Roberto habia arrebatado el trono de Nápoles á su sobrino Carlos Huberto, rey de Hungría. Viendo aquel extinguida su descendencia masculina con la muerte de su hijo único, el duque de Calabria, acaecida en 1328, resolvió hacer volver la corona á la casa de Hungría, para lo cual concertó con Carlos Huberto el casamiento de su hijo segundo, Andrés, con la hija que habia dejado el de Calabria. El mozo contaba apénas siete años, y la niña cinco; pero el matrimonio se hizo el 23 de setiembre de 1333, habiendo obtenido para hacerlo dispensa de la corte romana. Celebrado el casamiento, Andrés fué desde entonces apellidado duque de Calabria, y tenido como heredero presunto del trono.

El rey de Hungría, Carlos Huberto, falleció en Visgrada, á mediados de 1342, y el rey Roberto murió el 19 de enero del siguiente año. Este dejaba por sucesora á su nieta Juana, casada con Andrés; y aquel á su hijo mayor, Luis.

Cuando murió Roberto, Juana solo tenia 16 años, y Andrés 18. Aquella era brillante y voluptuosa; este, fiero, selvático, irascible, suspicaz y desconfiado. La una creia que la usurpacion de Roberto estaba legitimada por la aprobacion hecha por el Papa Clemente V en 1309, segun el Derecho público que regia entonces, y por la aquiescencia del pueblo durante 30 años. El otro, hijo de Carlos Huberto, nieto de Carlos Martel y biznieto de Carlos II, se creia con mejores derechos á la corona. Los celos y las rivalidades dividian, pues, á los esposos. Los unos cortesanos sostenian las pretensiones de Juana; los otros las de Andrés.

Sabedor Roberto de la mala disposicion en que se hallaban su nieta y su sobrino, procuró, poco tiempo ántes de morir, consolidar los derechos de Juana, exigiendo á todos los barones sus feudatarios y á todos los oficiales de su corona, la prestasen juramento de fidelidad; y mandando por su testamento que la coronacion de Andrés se difiriese hasta que este príncipe hubiese cumplido 22 años.

El hermano de Andrés que reinaba en Hungría, obtuvo del papa Clemente VI, mediante el pago de 44,000 marcos, que coronase á Andrés por derecho de sucesion. Los enemigos de este no conocieron desde entonces límite alguno que contuviese su mala voluntad y su odio contra el rey, á quien temian por su carácter irascible por naturaleza, y que habia venido á ser mas violento á causa de los reprobados amores de su mujer con Luis de Tarento, su primo; — amores protegidos por Catalina, madre de los príncipes de Tarento, y que llevaba el título de emperatriz de Bizancio; mujer que daba ejemplo del desarreglo de costumbres, y que solo soñaba en poner á Andrés de lado, para que subiese su hijo al trono. La corrupcion de esa corte llegó á tal punto, que la reina Sancha, viuda de Roberto, se retiró á un convento, donde murió un año despues.

Entre los intrigantes que rodeaban á Juana, sobresalian su amante Luis y el conde Artusio, bastardo del rey Roberto, y Filipina, confidenta de la reina. Estos instigaron á Juana para que entrase en un *complot* contra Andrés, exacerbaron en ella el odio que le profesaba, la hicieron creer que él maquinaba contra ella, y por último, que la salud de su pueblo exigia imperiosamente deshacerse del rey.

Artusio y Filipina se pusieron á la cabeza de la conspiracion. Persuadieron á la Corte que dejase á Nápoles en setiembre de 1343, para fijar su residencia en un lugar solitario, el *Convento de San Pedro de Morona ó de los Celestinos, cerca de Aversa*. La noche del 18 de setiembre, estando los dos esposos reales en el lecho vinieron á anunciar á Andrés que grandes é importantes negocios le llamaban al seno de su concejo. La reina quiso contenerlo, por un remordimiento tardío, pero al fin cedió al temor. Andrés sale, los conjurados lo esperaban en un corredor vecino: se abalanzan sobre él — este lucha y mata á algunos; los otros le echan al cuello un lazo de seda é impulsándole fuera de una ventana, algunos de los conjurados que se hallaban abajo en un jardín, le tiran de los pies y ayudan á extrangularle. La nodriza de Andrés velaba sobre él con gran solicitud, y al ruido se levanta precipitadamente, llega al aposento de la reina, pregunta por el rey, — las respuestas de Juana le hacen presentar la muerte de Andrés, — baja, y le ve extendido sobre la yerba; el pueblo movido por la nodriza cercó á los conspiradores, los cuales no tuvieron medios de huir.

Sanfuentes introduce, como era natural, otros personajes necesarios en el drama; y cambia el desenlace de tan terrible acontecimiento, dándole parte activa en él á Catalina, presentando á Juana como la fervorosa, aunque tardía defensora de Andrés, y haciendo intervenir al tiempo de prender á los asesinos, á Roberto, el amigo del rey. Estas son las principales desemejanzas que existen entre el drama de Sanfuentes y la relacion histórica de Sismondi.

Como hemos dicho ántes, son dignos de todo elogio los literatos americanos que ensayan su ingenio en el difícil arte dramático. Sanfuentes ha venido á agregar su nombre á la corta lista de autores de este género; y entre los cuales se cuentan con diverso grado de mérito y de maestría los siguientes: — Madrid, Vargas Tejada, Alarcon, Gorostiza, J. C. Varela, la señora Ave-

llaneda, García de Quevedo, Felipe Pardo y Aliaga, Madieto, Royo, Caicedo Rojas, (1) Santiago Perez (2).

Tambien Sanfuentes ha traducido el *Británico* de Racine; y ha sido bien feliz en su traduccion.

Vengamos ya á sus leyendas. Empecemos por El CAMPANARIO.

Despues de una introduccion escrita con chiste y travesura, entramos de lleno en el canto primero de la leyenda, la cual consta de tres, sin apéndice, epílogo, ni cosa alguna de la laya. En mitad del siglo XVIII, existia en Santiago de Chile un buen hombre de marqués, pues por aquellos tiempos todavia se estilaban en la América los marqueses, y hoy solo tenemos hombres buenos y buenos hombres, lo que no impide que, en obsequio de los contrastes, los tengamos tambien malos, y á veces malísimos. Ni del marqués ni de su esposa sabemos el nombre ni su apelativo, ni la definicion, bautizo ó como se quiera decir, de su título; pero ello no importa al asunto; el poeta dejó en el tintero todas esas superfluidades, y en cambio nos describe ampliamente su carácter, es decir el del marqués.

El bendito marqués era de la estofa de todos los marqueses del tiempo del coloniaje: devoto, amante de sus ejecutorias, y asaz ignorante. Seguia en su vida un sistema invariable: iba á misa muy de mañana, almorzaba al regresar de la iglesia, comia al medio día, nunca perdonaba la siesta, en la noche asistia á la Escuela de Cristo, y á las diez, poco ántes de ir á la cama, se hacia servir una apetitosa cena; — á las once ya estaba roncando. A su tertulia, cuando en su casa la habia, concurrían D. Antonio de Gonzaga, que era el presidente de Santiago, y toda la alta aristocracia. El marqués habia visto de mejor talante un jabalí en su salon, que no un plebeyo: gentes de tal ralea le causaban fiebre. La marquesa se mostraba en todo su muy digna esposa.

Dos hijos habian venido al mundo, frutos del amor de tan dulcísimos esposos. El varon se apellidaba Cosme, jóven dotado de tan grandes aptitudes, que hastiándole los libros, que nunca pudo leer, se hizo chalan y alcanzó gran maestría en los rodeos de ganado. Leonor se llamaba la hija, bella flor nacida entre malezas; era una jóven hermosa llena de gracias y talento; dotada de una alma noble y de un tierno y puro corazon. Diez y ocho años contaba la hechicera á la época del relato que nos ocupa, y como es natural pensar, soñaba bellos sueños; su imaginacion le presentaban á cada instante sublimes diseños de masculina hermosura, y su corazon la hablaba á toda hora de una cosa que ella no sabia como definir, — de algo dulce, hechicero, arrebatador, y que mas tarde aprendió que se llamaba amor.

En tales disposiciones se encontraba nuestra jóven, cuando una noche de fiesta en casa del marqués, tuvo el Presidente la idea de presentar á un protegido suyo, el capitán Eulogio, jóven hermoso, de clara inteligencia, de noble corazon y de esfórzado brazo; pero que con tan nobles *cualidades* le faltaba *calidad* — Eulogio era plebeyo, y á no haber sido presentado por todo un Don Antonio de Gonzaga, el bravo militar hubiérase visto forzado á tocar en retirada; pues como hemos dicho, el marqués se sentia enfermo al ver profanado su salon por un hombre sin blasones.

Y fué terrible el lance, á la verdad. No sabia el marqués, no podia adivinar las consecuencias de esa presentacion fatal. Leonor habia visto al jóven, lo habia comparado con los héroes de sus sueños, y habia hallado una semejanza tan notable, que lo amó al instante, y al amarlo, no le pareció que ese sentimiento acababa de nacer: no era la primera vez que veia la faz encantadora de Eulogio — mas de una vez la habia visto dibujada en sus ensueños de amor.

J. M. TORRES CAICEDO.

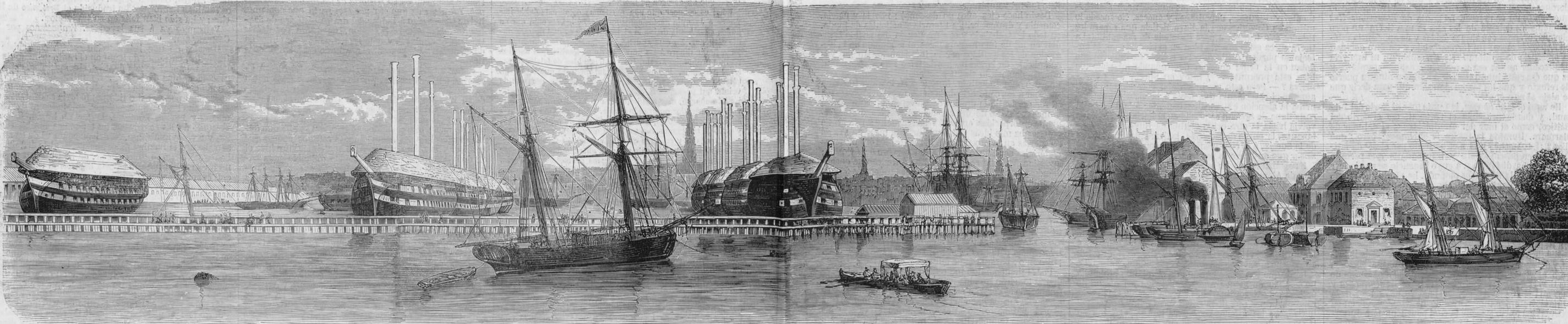
(Se continuará.)

De Paris á San Petersburgo.

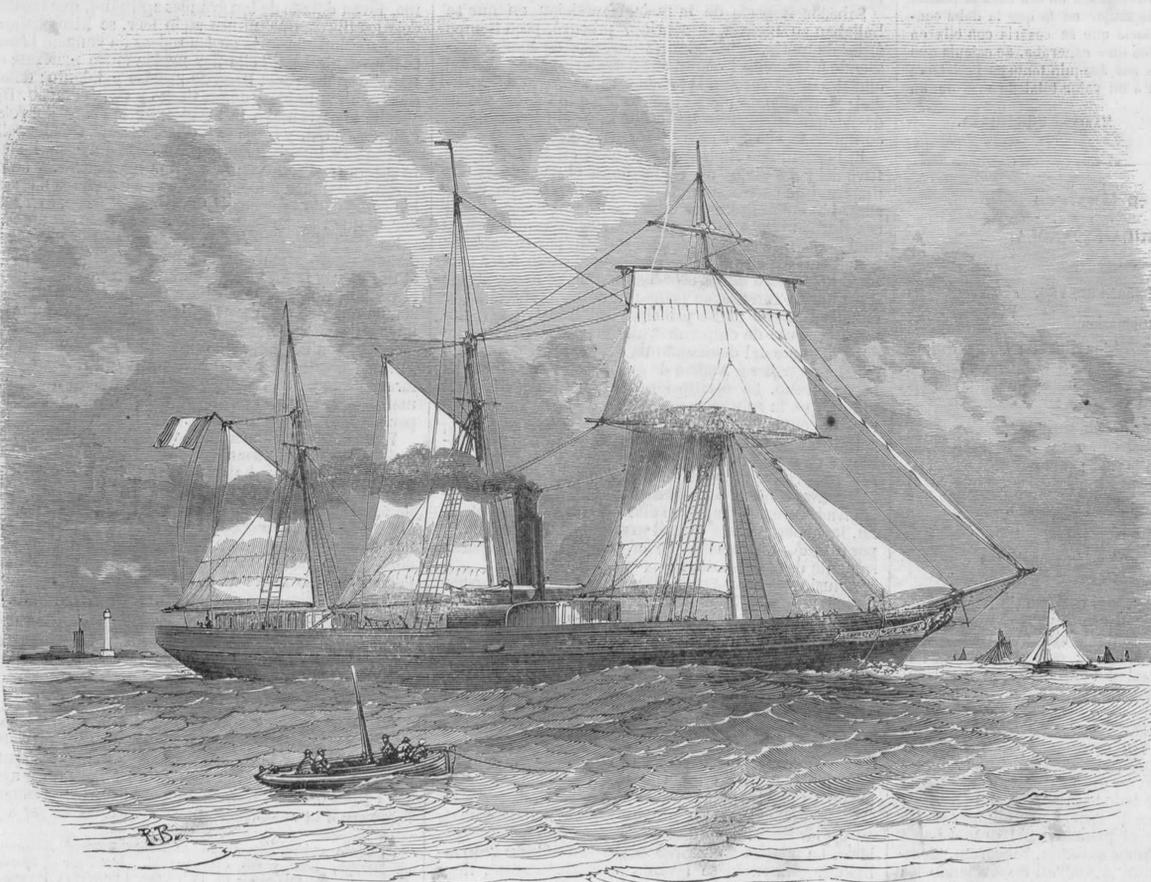
Dos caminos se ofrecen al viajero que quiere pasar a Rusia, el camino de tierra y el de mar; yo he preferido el último. En la estacion actual es agradable sentirse suavemente columpiado sobre las hermosas aguas verdes del océano de Alemania, deslizarse ligeramente sobre ese límpido Báltico, que el sol parece volver á ver

(1) Como nuestra literatura es casi absolutamente desconocida en Europa, hace pocos dias que M. Janin en el *Diario de Debates*, y un colaborador de la PARTE LITERARIA ILUSTRADA DEL CORREO DE ULTRAMAR, al hacerse cargo del hermoso drama en cinco actos, escrito por M. Muret, y titulado MIGUEL DE CERVANTES, decian que era á un franc s á quien habia tocado el honor de haber puesto en escena por la primera vez la gran figura del inmortal escritor español, nosotros debemos, en obsequio de la justicia, reclamar ese honor para un literato americano: hace seis años que vimos representar por la primera vez en el teatro de Bogotá un bello drama en cinco actos y en prosa intitulado MIGUEL DE CERVANTES, — obra del ilustrado neogranadino Sr. JOSÉ CAICEDO ROJAS. Dicha pieza, en cuyo examen nos ocuparemos á tratar por extenso de la floreciente literatura de Nueva Granada, fué estrepiosamente aplaudida, y lo fué con razon, porque ella reúne cuantos méritos pueden exigirse en un drama. El Sr. Caicedo Rojas es un cumplido literato y al mismo tiempo un distinguido artista.

(2) Recientemente se nos ha hablado de otro jóven americano, que ha empezado á ensayarse en el difícil arte del drama: el señor Manuel Nicolás Corpancho, del Perú, ha dado á la escena una pieza intitulada EL TEMPLARIO, que el autor ha dedicado al Sr. general Zabala, ministro de la Guerra en España. Se nos ha hablado con elogio del TEMPLARIO. Ya el Sr. de Corpancho se habia dado á conocer con la publicacion de un tomo de poesías líricas, que analizaremos cuando podamos obtenerlo.



Vista del puerto militar de Copenhague



El Alberto vapor de la Compañía general de los buques de helice en Dunkerque.

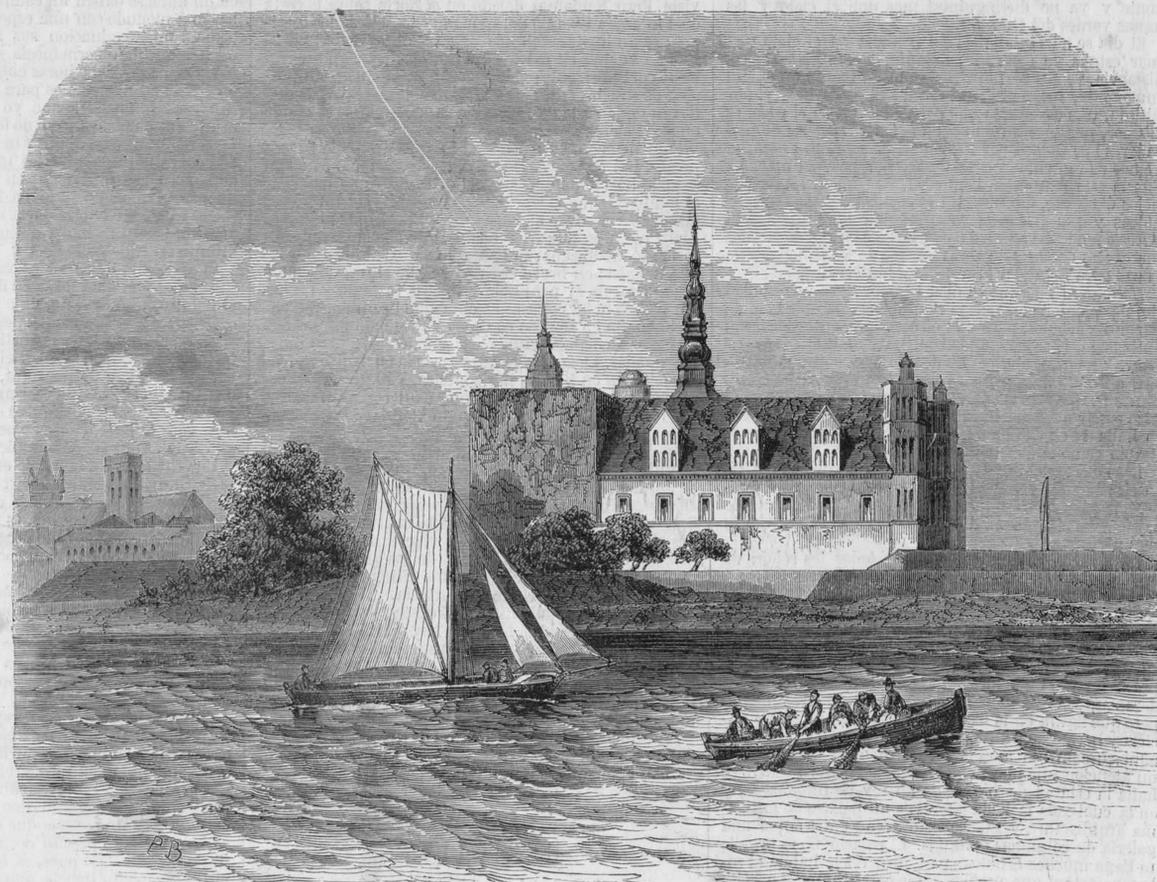
con tanto gusto que en las veinticuatro horas del día no le abandona un solo instante. En una travesía como la que yo acabo de hacer por un tiempo hermoso y á bordo de un buen buque, no hay un momento en que los ojos y el espíritu no se hallen ocupados; muy insensible habia de ser á los encantos de la poesía y al esplendor de la naturaleza, el que permaneciese frío en presencia de esos paisajes de leyendas melancólicas y de fantásticas visiones.

Como decía, he tenido la suerte de navegar en un excelente buque y con buen tiempo; el *Alberto* pertenece á la compañía general de los vapores de hélice del Norte, de Dunkerque, es un vapor soberbio construido para la penosa navegación de los mares polares, y tan rápido como otro cualquiera. No he querido embarcarme sin sacar el dibujo de mi domicilio temporal durante una semana larga: he podido dibujar el exterior, pero esto no bastaría si no consignara aquí al mismo tiempo que el capitán Varlet nos ha colmado de atenciones á todos los pasajeros durante nuestro viaje.

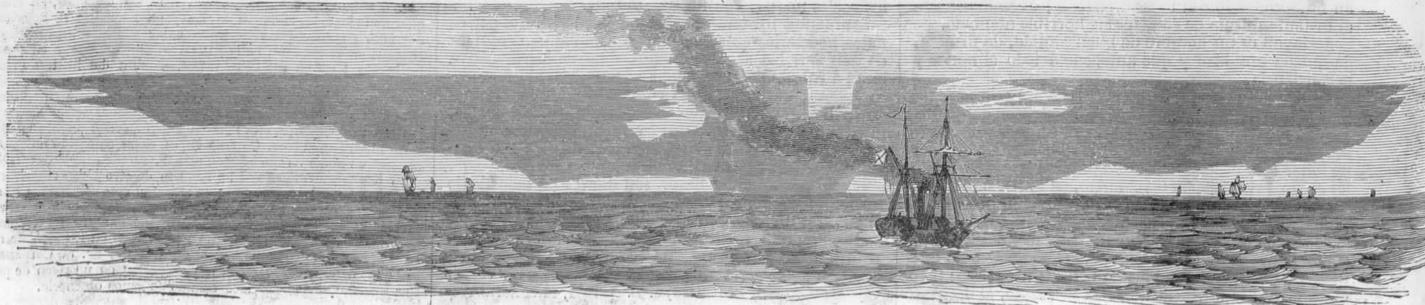
Pero ya salimos; el *Alberto* se adelanta majestuosamente por las largas escoleras de Dunkerque que parecen el principio de un puente destinado á atravesar el Océano; algunas formalidades que deben llenar varios viajeros rezagados nos detienen un poco, y aprovechamos este tiempo para echar una última mirada á la ciudad, á su faro recién construido y á la antigua torre de Luñaer que vió tan á menudo al héroe de Dunkerque Juan Bart trayendo en triunfo las presas inglesas y holandesas. En esto el piloto se embarca al fin, y el *Alberto* se lanza rápidamente haciendo saltar montones de espuma. Largo tiempo aun los pasajeros miran como huye la tierra, pero la costa de Flandes es baja; los altos edificios de Dunkerque rompen la línea del horizonte cuando las dunas han desaparecido enteramente ahogadas bajo las aguas de la mar; la noche cierra, y en breve el silencio solo se interrumpe por el ruido sordo de las olas que se estrellan contra el buque.

A la mañana siguiente nos despertamos en alta mar, el agua está verde á causa de la poca profundidad del mar de Alemania. A la derecha tenemos la Holanda con sus prados, pero nada nos lo indica, sino un atrevido gorrión que vuela alegremente hasta el *Alberto* y que sin duda amante de los viajes, vino para acompañarnos hasta Copenhague.

En la tarde del segundo día, después de nuestra marcha una ligera faja amarillenta sobre el horizonte nos señala la tierra; lo que á veces espanta al marino es causa de alegría para el pasajero. Esa tierra que distinguimos es el Jutland, la mas considerable de las pose-



El castillo de Kronburg, en Elnor.



Primer efecto de optica delante de la isla de Hag-Land.



Segundo efecto de optica delante de la isla de Hag-Land.

siones danesas en tierra firme, y uno de los principales florones de su corona. Y sin embargo, á juzgar por lo que vemos no se creeria. La punta de *Blaawands-Huk* que tenemos delante de los ojos es una tierra un poco elevada, arenosa con dunas áridas y de apariencia estéril. Algunas casas, un torreón viejo y un faro denotan la presencia de habitantes; y sin embargo, ni una vela de pescador anima esa mar de un aspecto sombrío, y es que esa costa inhospitalaria no ofrece ningun puerto de refugio y que los faros solo están allí para decir que se aleje al navegante.

He aquí el cabo *Skagen*, la punta mas al Norte del Jutland, y donde principia el Cattegat, ese prefacio del Báltico, como el mar del Archipiélago y el del mar de Marmara. Durante la noche le doblamos: pero ¿qué digo? ¿hay noche en el mes de junio por el 58° de latitud? Un crepúsculo claro y transparente que permite ver á mucha distancia y á cuyo beneficio se puede leer con facilidad la letra mas menuda, he ahí lo que reemplazará para nosotros la noche durante mas de dos meses; así fué que doblamos ese cabo terrible con entero conocimiento de causa. En el Norte á larga distancia se distinguen las altas sombras de las costas de Noruega que es como una Suiza polar, que se aleja de nosotros, quedándonos de nuevo en presencia de un horizonte sin límites.

Mientras doblábamos el cabo había refrescado la brisa, y despues de algunas horas teníamos una mar enorme, pero afortunadamente nos hallábamos ya al abrigo de las tierras del Jutland. He aquí el islote de *Nidingen* y mas allá la isla de *Anholt*, isla baja y que está señalada al navegante por una barea de hierro fondeada en su extremidad Norte y sobre la cual ponen un faro durante las largas noches del invierno. Al Norte distinguimos la punta de *Kullen* sobre la costa de Suecia; es poco elevada y se destaca graciosamente sobre el cielo en un azul oscuro; pero poco á poco desaparece bajo el horizonte y ya no distinguimos mas que el cielo y las aguas verdes del Cattegat.

El día se adelantaba, el sol brillaba en el cielo y el mar estaba ya sosegado; delante de nosotros á larga distancia, vemos perfilarse sobre el horizonte una masa imponente, luego descubrimos los campanarios, y por último, una costa baja que parece cerrarnos el paso; es *Elsenor*, puesto avanzado del *Sund*. Las lanchas de pescadores nos rodean por todas partes; á nuestra derecha vemos claramente la costa de *Scotland*, país del mar. La Suecia está á nuestra izquierda, y el *Sund*, los Dardanelos del Norte, nos muestra sus orillas risueñas con sus aldeas y sus graciosos campos; una hora despues el *Alberto* fondeaba en medio de una flota entera de buques mercantes deseosos de aprovecharse de los beneficios de la paz para reanudar las relaciones interrumpidas.

Helsingor (¿porqué se dice *Elsenor*?) es una ciudad limpia y ordenada, rodeada de alegres campiñas y de hermosos árboles, pero que ofrece pocas curiosidades al anticuario, si se exceptúa el antiguo castillo de *Kromburg*. Y no obstante, es el país de las leyendas fantásticas; allí *Fata Morgana* estableció su imperio; luego seremos testigos de las decepciones que esa hada famosa hizo sufrir á los marinos. Enfrente, sobre la costa sueca se halla la ciudad de *Helsingborg*, alegre y de aspecto limpio como su hermana danesa.

Las riberas del *Sund* me recordaron las orillas del Támesis; iguales campiñas verdes, iguales casas de recreo, por todas partes una vegetación poderosa; si á esto se añade la misma afluencia de buques, la semejanza será perfecta.

Las tres de la mañana daban en todos los relojes de la ciudad, el sol brillaba radiante cuando llegamos á fondear delante de Copenhague. — Copenhague, así como *Elsenor*, se presenta con un aspecto risueño, pero sin embargo no puede compararse con ese pueblo que solo subsiste á consecuencia de una combinacion fiscal cuya importancia desaparecerá si llega á suprimirse el peage del *Sund* que allí se paga; Copenhague es verdaderamente la capital de un estado pequeño ciertamente, pero que figura en la historia de las naciones. Calles anchas y hermosas y vastas alamedas hacen la residencia aquí sumamente agradable. Entre otras cosas, llamé mi atención una plaza cuadrangular en cuyo centro se halla la estatua de bronce de un rey de Dinamarca, y en la cual cada fachada lateral es un palacio de la misma arquitectura y que se comunican entre sí por una galería de columnas corintias. El palacio no es grande ni tiene muchos ornatos; pero rara vez le habita el soberano actual que prefiere vivir en el campo. La Bolsa es un monumento admirable de ese hermoso estilo alemán que puede verse en Hamburgo; tiene un campanario formado de tres enormes serpientes enlazadas que van en disminucion de grueso hasta arriba. El paseo de las Murallas es uno de los mas frecuentados de la ciudad; sin embargo, parece que hay un *Tivoli* que no tuve tiempo de visitar, que encierra todas las seducciones del paraíso y que es el punto de reunion de la sociedad de Copenhague.

El puerto militar (véase el dibujo) es muy cómodo y encierra una marina numerosa, demasiado numerosa quizás para un Estado tan pequeño. Preciso es estar aquí para comprender como á principios de este siglo pudo Nelson alcanzar tanta gloria incendiando esta desgraciada capital. Nunca he comprendido yo una batalla aun cuando me la hayan explicado sobre el terreno, pero aquí sin conocimientos extratéticos pude darme cuenta de la posicion del almirante inglés y de las pocas probabilidades de defensa que la plaza ofrece.

Como Lisboa, Nápoles y Estokolmo, Copenhague presenta la singularidad de ser una capital colocada en un

punto fronterizo del reino; pero al ménos las aguas en que se bañan las tres primeras ciudades son esencialmente portuguesas, napolitanas y suecas. No sucede lo mismo en Copenhague; la línea ficticia que separa los Estados está trazada á poca distancia de esa capital. La tierra sueca está enfrente bien en evidencia; con el anteojito se pueden distinguir los colores extranjeros que flotan en la orilla opuesta. Continuando mi viaje me hice esta pregunta — ¿Estoy en Suecia ó en Dinamarca? — Pero esto me importaba poco sin embargo, aunque el espectáculo que tenia á la vista no me llamaba la atencion extraordinariamente: á la derecha la costa llana de *Seeland* se perdía en el horizonte, y si me volvía hácia la otra orilla distinguía huyendo en lontananza, la punta de *Falsterbo*, la tierra mas meridional de la Suecia, á la cual medió poco despues la de *Sandhanemar* que en breve se perdió igualmente.

Navegábamos ya en pleno Báltico; aquí como en el mar de Alemania el agua está verde á causa de la poca profundidad; las islas de *Boinholm* y de *Christiansoe* aparecieron á nuestra izquierda durante la noche, y luego en todo el día siguiente vimos la de *Gottland*, una de las mas considerables del Báltico y que depende de la costa de *Livonia* á nuestra derecha. La mar estaba serena, el cielo de un azul cenciento y transparente sembrado de nubecillas blancas y pudimos distinguir á larga distancia la isla elevada de *Dagesfort* que nos anunciaba la entrada del golfo de Finlandia.

Desde que habíamos entrado en el golfo de Finlandia no cesaban de llamar nuestra atencion los efectos de óptica mas extraordinarios. La costa baja de Estonia se reproducía por una línea cinco veces sobrepuesta en el horizonte; los árboles raquíticos que vegetan en su triste territorio nos parecían de una altura enorme. Con estos efectos singulares de la refraccion la *Fata Morgana* se burlaba de los antiguos navegantes; los de nuestros días están mas familiarizados con esos engaños de la vista. Pero habíamos dejado en el Norte sobre la costa de Finlandia un sitio del mar muy temido de los marinos; es un lugar sembrado de escollos y donde la brujula da vueltas en todos sentidos sin fijarse en ningun punto del horizonte; así cada año se cuentan allí muchas desgracias entre las embarcaciones de cabotaje que llevan de la costa de Finlandia la leña que se consume en San Petersburgo.

Para determinar exactamente nuestra posicion era preciso ir á reconocer *Hog-Gand*, isla bastante elevada, situada hácia la mitad del golfo. Mucho ántes de llegar al punto en que podia descubrirse apareció á nuestros ojos pero volcada y elevada sobre el horizonte al que se fijaba por una punta; á medida que adelantábamos su forma se modificaba; la base que tocaba al horizonte se ensanchaba; en breve se hizo de una altura enorme y aunque yo no la perdía de vista un instante y no había podido notar como se efectuó aquel cambio, me pareció vuelta en sentido contrario, afectando formas extrañas y formando figuras casi geométricas, pero indeterminadas. Luego me pareció cortada en bandas verticales, luego en bandas horizontales, y al fin se proyectaba en el horizonte con un color azul como un cuerpo que no habria tenido mas que extension y profundidad, sin superficie.

Dos horas enteras fuimos juguete de aquella ilusion singular; poco á poco sin embargo, un ligero color verde anunció que cesaba el prestigio, el efecto desapareció insensiblemente y pudimos reconocer una isla pedregosa con algunos árboles, en la cual se encuentran dos aldeas y dos faros y donde vive una poblacion de pescadores ignorantes sin duda de los grandes sucesos que pasan en el mundo hasta estos últimos años en que su tranquilidad secular se vió turbada.

Al otro día llegábamos á *Cronstadt* y pasábamos bajo sus formidables baterías hoy pacíficas, aunque siempre amenazando con sus innumerables cañones los pasos estrechos que conducen á San Petersburgo, y en breve las cúpulas y las agujas doradas de la ciudad de Pedro el Grande nos anunciaron la embocadura del Neva, el Támesis del Norte.

Continuaré la historia de mi viaje; pero advierto con anticipacion que estoy maravillado de San Petersburgo. San Petersburgo 8, 20 de junio de 1856.

P. B.

GERIFALTE.

Por CÁRLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

Hay en cada individuo un sentido dominador que se desarrolla á expensas de sus hermanos, sobre todo cuando el estado que se ha elegido corresponde con la inclinacion natural de la persona. Entónces se va abriendo en el hombre una especie de canal que desemboca en el órgano principalmente ejercitado y que todos los demás alimentan con su tributo. Condensadas de esa manera las fuerzas vitales se producen al exterior con una abundancia que seria imposible si el cuerpo gastase por igual todas sus facultades: no hay talento ni originalidad si no se saben evitar las pérdidas parciales y concentrar la vida sobre un punto para aumentar la accion. En este sentido Orígenes puede servir de tipo si no de ejemplo. En las razas atléticas la frente se estrecha á medida que los hombros se ensanchan; en los hombres de talento el cerebro abusa de los demás órganos; vampiro insaciable que consume á veces hasta la últi-

ma gota de sangre el cuerpo que le sirve de víctima. Este fué mi vampiro.

Desde hace diez años no descansé: novela y poesia, comedia y drama, crítica literaria y artículos de fondo, en todo he trabajado y con frecuencia he podido estudiar en mí de una manera física el fenómeno de la absorcion de los sentidos por la inteligencia. Muchas veces, al cabo de largas noches de tarea las cuerdas de mi espíritu demasiado tirantes se aflojaban y daban solo una armonía indistinta. Entónces si lograba hacerme superior á ese cansancio de la naturaleza que reclamaba su reposo, sentía la presion de mi voluntad aspirando en lo mas recóndito de mí sér de las fuentes ordinariamente entorpecidas en sus vasos carnales; parecíame que sacaba mis ideas del fondo de una mina en vez de recogerlas en la superficie de la fuente; los órganos mas materiales acudían al socorro del cerebro desfallecido; la sustancia de mi corazon saltaba á mi cabeza encendiéndola con el fuego mas vivo; los músculos de mis miembros comunicaban á las fibras del cerebro su tension galvánica; en una palabra, los nervios se hacían pensamiento, la sangre se hacia imaginacion, la carne se hacia alma.

Con estas experiencias fisiológicas y con el abuso del trabajo, había destruido mi salud, quizás abreviado mi vida. Llegaba á los treinta años con la frente arrugada, las mejillas pálidas, el corazon vacío y gastado. Y todo, ¡Dios mio, por una fama efímera y estéril!

Por el tiempo á que me refiero, estas señales de decadencia tomaron una intensidad alarmante. Franklin ha comparado el corazon á la rueda de un molino que se gasta ella misma cuando no tiene nada que moler; esto experimentaba yo, no en el corazon que no era sensible en mí hacia tiempo, sino en el cerebro que era la fuente principal de mi existencia, y que se cerraba ya á la evaporacion de la inteligencia que ántes exhalaba sin cesar como el volcan despide el humo. Las facultades de mi alma se daban un combate al cual me abandonaba yo á menudo con una especie de rabia. Mi voluntad pedía á mi imaginacion sus acentos acostumbrados, y mi imaginacion permanecía sumergida en el silencio. A veces me quedaba horas enteras sentado, estrechando mi frente en mis manos para que saltara una de esas *Minervas* inmortales que yo había soñado; pero mi frente era de piedra y yo no tenía el arma de Mercurio.

La costumbre de escribir me había dado cierta facilidad de estilo, una práctica mecánica que conservaba aun, pero esto era todo; en vano buscaba un pensamiento en medio de aquella fraseología redundante y hueca; bajo una apariencia mas ó ménos brillante el arte verdadero se había extinguido, mi talento era un difunto en traje de baile.

El mal éxito de mis dos comedias me advirtió que el juicio que yo había formado de mí era corroborado por el público. Una idea horrible penetró de repente en mi espíritu; mi vida de artista estaba concluida.

No puedo explicarte el abatido que me dejó esta revelacion. La infidelidad de *Melania* que en otro tiempo había visto con indiferencia, puso el colmo á ese estado; no solo sufría mi corazon sino mi vanidad que se había hecho mas susceptible por los últimos desengaños. Tal era pues, el desenlace de tantos proyectos de gloria de tantos sueños ambiciosos!

Una mañana *Lablanchaie* entró en mi casa....

— Un buen médico interrumpió *Marillac*; en julio recibió un balazo á mi lado en el ataque del *Louvre*; luego le dieron una cruz, es un hombre excelente.

— ¿Qué tenemos? me preguntó.

— Doctor, creo tener un poco de fiebre, respondí alargándole mi mano.

— El pulso está agitado, me dijo al cabo de una pausa, pero la fiebre está mas bien en la imaginacion que en la sangre.

Le expliqué mi estado que me era cada día mas insostenible. Sin tener mucha fé en la medicina tenía bastante confianza en él, pues sabia que era hombre sensato.

— Trabajais demasiado, repuso meneando la cabeza. La tension continua del cerebro determina al cabo una excitacion que puede llegar hasta el transporte ó al entorpecimiento que inutiliza el mas claro entendimiento. Esa paralizacion en las facultades intelectuales que experimentais hace algun tiempo indica que exigen un descanso; es un consejo que os da la naturaleza. Cuando hay sueño es preciso dormir, el que se fatiga necesita detenerse. Así pues, os hace falta un reposo de espíritu completo. Debeis marchar al campo y adoptar un régimen sano y refrescante; legumbres, carnes flojas, leche por la mañana, poco vino y sobre todo nada de café. Haréis un ejercicio moderado, y ántes de seis meses os prometo que vuestro cerebro volverá á su estado normal con esa vida que producirá en él el efecto de una cataplasma emoliente.

— ¡Seis meses! exclamé; pero ignorais, doctor, que yo aborrezco el campo y todo lo que me ordenais; en nombre del cielo dadme otro remedio.

— Nos queda el recurso de la homeopatía, dijo sonriendo.

— Vaya por la homeopatía.

— Ya conceis el principio del sistema; *similia similibus*! Si teneis calentura, debeis aumentarla; así en lo que os concierne estando un poco gastado como lo estamos todos en nuestra Babilonia, recurriréis como remedio á los excesos que os han conducido á ese estado. Vuestro organismo fatigado por las pasiones experimenta una postracion general, pues debeis entregaros á una pasion que os galvanice, que encienda vuestra sangre hasta hacer llama que tienda vuestros nervios hasta

que salten. Homeopatizaos moralmente; eso puede salvarnos ó causaros la muerte, es lo prevengo.

— El doctor es hombre de chiste, exclamé cuando salió de mi casa. Se le figura sin duda que las pasiones están ahí para que uno las escoja á su capricho.

Sin embargo, esta idea habia causado en mí cierta impresion, á pesar de su extrañeza. El primer consejo de Lablanchaie era sin duda muy razonable, pero yo no podia vencer mi aversion por la naturaleza y el *farniente* pastoril. Sacrificar seis meses de mi existencia á un porvenir incierto era cosa imposible para mí, de modo que resolví apelar al segundo medio.

Ya me tienes pues, buscando una pasion, pero ¿cuál de ella? Al pronto pensé en el amor, pero no pude contener una sonrisa melancólica: hacia mucho tiempo que habiamos ajustado cuentas y vivia con él en una paz semejante á la del sepulcro. ¡Habia amado tanto! Habia prodigado con una especie de frenesí toda la ternura con que la naturaleza me habia dotado. Y luego habia escrito tanto sobre esa pasion, habia casado tantas niñas galanas en mis comedias, habia seducido tantas y tan hermosas pecadoras en mis dramas, que las creaciones quiméricas de mi espíritu habian consumido la poca llama que pudo escaparse de las ardientes realidades de mi juventud.

El amor era pues, para mí un muerto cuyas cenizas evocaria inútilmente. Quedaba la ambición, pasion egoísta, poco digna y poderosa; pero sentia yo su germen desarrollado en mí con demasiada fuerza para que quisiera provocar su aborto dándole rienda suelta ántes de tiempo. Arrastrarme á fin de encumbrarme parecia vergonzoso. Si el amor era para mí un pasado, la ambición no era mas que un porvenir, que no podia comprometer mediante una experiencia cuya locura no me disimulaba.

— ¡El juego! ¡Me he salvado! exclamé cuando me vino esta idea; si no me produce ningun efecto es que no tengo ya sangre en las venas, y entonces puedo arrojarme al río. El juego era una pasion virgen para mí; siempre me habia parecido mortal para la inteligencia, y habia huido de sus sensaciones, aunque sin desconocer su poderío. En el curso de anatomía moral que habia seguido, como debe hacerlo todo escritor deseoso de estudiar la naturaleza ántes de pintarla, habia penetrado muchas veces en los garitos donde habia visto ojos que brillaban con ardor tan febril, frentes surcadas por arrugas tan hondas, labios tan atrozmente crispados y de un color tan cadavérico, que esos lugares me inspiraron un horror profundo, invencible.

— Eres grande verdaderamente demonio infernal, exclamé repetidas veces al salir de una de esas cavernas. — A ese demonio quise encomendar mi curacion.

En cinco minutos formé mi plan. Fuí á tomar veinte mil francos en casa de mi banquero y entré en la casa de juego mas innoble que puede imaginarse, con el firme propósito de no salir de allí sin haber ganado cien mil fr. ó sin haber perdido lo que llevaba. En el primer caso tomaba la posta para Cherburgo y allí me embarcaba para América, para la China ó el Indostan, á fin de sumergirme en cuerpo y alma en los goces desconocidos de otro hemisferio, y si perdía, el descalabro desarrollaría sin duda en mí la necesidad de repararle y la afición al juego; entonces es verdad, peligraba mi fortuna, pero esta una vez destruida llegaba la necesidad con sus exigencias inspiradoras. Casi deseaba perder, pues me parecia que el soplo de la adversidad recelaba el germen que debia fecundizar de nuevo mi talento. Mi proyecto me pareció pues, admirable, pues en ambos casos me prometia ganancia.

Púseme á jugar grave y friamente; habia combinado un golpe que quizás no habria merecido la aprobacion de los jugadores, pero que anunciaba al ménos que yo no queria perder mi dinero como un tonto. Al cabo de media hora de buena suerte llevaba ganados sesenta y cinco mil fr. pero continué porque habia resuelto ganar cien mil.

— Merecias, interrumpió Marillac con voz de trueno, que te hubiesen desollado vivo. ¡Sesenta y cinco mil fr. en una hora!....

— Te he dicho que queria cien mil; seguí pues, y al cabo de dos horas cuarenta minutos, mis ganancias estaban en poder de los banqueros con los veinte mil fr. que habia llevado.

— Pero ¿quieres asesinar me? aulló de nuevo el artista; ¿qué abominable golpe habias jugado? ¿Y corriste al instante á tu banquero en busca de fondos?

— Eran las seis y media, me fuí á comer muy sereno al café de Paris y de allí á los Italianos á oír el *Pirata* que Rubini cantaba maravillosamente. De vuelta en mi casa hice un exámen de conciencia; me hallaba tan enervado como ántes de mi experimento. La conmocion que deseaba no habia venido; aquella pérdida no me habia causado ni sentimiento ni ira.

— Vaya al diablo el doctor con su sistema, dije al acostarme; mañana probaré otra cosa.

Al otro día á las siete de la tarde caminaba para Lyon, y á poco tiempo me paseaba en una barquilla por el lago de Ginebra. Desde niño habia tenido deseos de ver la Suiza, y se me figuraba que no podia haber elegido mejor momento. Creia que el aire puro de las montañas, la sosegada majestad de los ventisqueros, las brisas de los lagos comunicarian á mi alma algo de su fresca serenidad; pero hay en la vida de Paris un no sé qué de exclusivo que acaba por hacernos insensibles á las sensaciones de un orden inferior.

El espectáculo de la naturaleza solo conmueve á los espíritus contemplativos, y el mio no lo era; mis hábitos de análisis y de observacion me hacian encontrar

mas atractivos en una fisonomía caracterizada que en el panorama mas soberbio; preferia el ejercicio del pensamiento á los goces perezosos del éxtasis, la naturaleza de carne y de alma á la naturaleza de tierra y de cielo, la sangre de la pasion humana al éter de la mas pura atmósfera.

En Ginebra me encontré con un inglés tan insensible como yo, de modo que pusimos nuestro spleen en comun y pasamos el fastidio juntos. Así visitamos el Oberland, los pequeños cantones y el Valais, por lo regular embozados en nuestras capas en el fondo del caruaje con los ojos cerrados ante los mejores puntos de vista.

Luego nos dirigimos hácia el Monte Blanco y una tarde llegamos á Chamouny....

Gerifalte hizo una pausa, y como su amigo le mirase con intencion, prosiguió exhalando un suspiro:

— Llego á la parte interesante de mi historia.

— ¡Alabado sea Dios! exclamó Marillac llenando de nuevo su pipa.

— A la otra mañana el inglés pidió una taza de té que tomó en la cama, y se volvió hácia la pared cuando le hice yo la proposicion de visitar el mar de hielo. En esta ocasion la indiferencia de mi flemático compañero me pareció excesiva, y dejándole envuelto en sus sábanas hasta la boca, me puse solo en camino para el Montanvert.

El tiempo estaba magnífico. Un sol brillante que se deslizaba por toda la cordillera de montañas verdes en la falda, blancas en la cumbre, hacia resplandecer todos sus ángulos, como si fueran de un metal bruñido, en tanto que se veian en una profunda oscuridad hendiduras gigantescas abiertas verticalmente. Una niebla densa se movía en el fondo del valle; mas arriba en medio de los negros abetos las cascadas saltaban en gotas de perlas; luego los ventisqueros abrian aquí y allá sus lagos de záfiro agudos y ondeados, y por último, sobre el oscuro azul del cielo se destacaban con la precision de una silueta las cumbres cubiertas de nieves eternas y las agujas de granito. La transparencia suma de la atmósfera hacia mas visibles los ricos y primorosos detalles de aquel conjunto colosal, y mas marcado el admirable contraste de los bosques, los peñascos y los hielos.

Muchos viajeros, unos á pié otros montados en mulas marchaban á las orillas del Arve ó subian ya por los flancos de las montañas. De lejos parecian rastros de hormigas y esa reduccion extremada hacia comprender mejor que todo lo restante las inmensas proporciones del panorama. Yo iba solo, ni siquiera llegaba un guia, pues no era necesario por lo frecuentado que estaba el camino. Por extraordinario me hallaba un tanto alegre, y sentia una elasticidad de cuerpo y de espíritu que hacia mucho tiempo me era desconocida. Principié vaerosamente mi ascension por el áspero sendero que conduce al mar de hielos, sin otro auxilio que el largo baston de cuerno de gamuza que habia tomado en la posada.

A cada paso respiraba con un nuevo placer el aire puro y fresco de la mañana, contemplaba vagamente los distintos efectos de sol ó de niebla y los accidentes del camino que unas veces se elevaba casi recto, otras seguia una línea horizontal al borde del abismo que se abria á la izquierda. De momento en momento las cintas plateadas del Arve y del Aveyron parecia que se estrechaban, en tanto que las agujas de los picos superiores se destacaban mas limpias y mas claras. A veces resonaba súbitamente el ruido de un témpano de hielo que rodaba, como un trueno lejano que se repetia de eco en eco. A mis piés una pandilla de estudiantes alemanes respondia á la voz de los ventisqueros con un coro del *Obon*. Siguiendo las revueltas del sendero distinguia por entre los abetos y á mis piés, digámoslo así, sus levitas teutónicas, sus barbas rubias y sus gorros grandes como la mano. Disfrutando perezosamente de esas impresiones de aire puro, de hermoso paisaje y vagas armonias, experimentaba una sensacion de bienestar, un placer en vivir que se manifestaban de un modo pueril.

Entretanto me acercaba á la region en que principia el reino de las plantas alpinas. De repente distingo mas arriba una praderilla esmaltada de rosagos; bajo las negras hojas de los abetos las flores de esos arbolillos producian un efecto mágico. Con un ardor de estudiante abandoné el sendero para llegar mas pronto, y cuando cogí un ramillete de las hermosas florecillas, lancé mi palo en señal de alegría entonando al mismo tiempo un canto tirolés de los mas agudos.

Un grito de espanto respondió al mio. Mi baston con punta de hierro habia en su vuelo atravesado el sendero por un sitio en que formaba un recodo, y en el mismo instante habia yo visto la cabeza de una mula cuyas orejas se bajaron de susto, luego el resto del cuerpo, y encima una mujer inclinada próxima á caer en el abismo.

El espanto me dejó inmóvil. Todo socorro era imposible á causa de la estrechez del camino, y la vida de aquella mujer dependia de su sangre fria y de la inteligencia de la mula. Por fin el animal recobró valor y continuó su marcha, aunque bajando la cabeza como si hubiese oido silbar aun el terrible palo. Yo me dejé deslizar precipitadamente de la roca en donde estaba y cogiendo á la mula de las riendas, acabé de sacarla del mal paso; así la llevé durante algun tiempo hasta un sitio en que el camino se ensanchaba y no ofrecia ya ninguna clase de peligro.

Entonces pedí mil perdones á la persona cuya vida acababa de comprometer por mi imprudencia y por pri-

mera vez pude considerarla atentamente. Era una mujer jóven y bien hecha; un vestido negro de seda ajustaba de un modo encantador su talle esbelto; su sombrero de paja iba atado á la silla, y sus largos cabellos castaños desrizados por el aire de la mañana flotaban un poco en desorden sobre sus pálidas mejillas.

Al oír mi voz abrió los ojos que el peligro la habia hecho cerrar maquinalmente; me parecieron los mas hermosos que habia visto en mi vida, dos luceros.

La jóven miró al precipicio y volvió la cabeza estremeciéndose. Luego volvió hácia mí sus ojos que se fijaron en el ramillete que llevaba en la mano: el espanto de su fisonomía se cambió instantáneamente en una expresion de curiosidad infantil, y me dijo con una voz fresca y vibrante:

— ¡Qué bonitas flores, caballero!

Yo la presenté mi ramillete, y como vacilaba en tomarle, la dije:

— Si no le tomáis, no creeré en vuestro perdon.

Durante este tiempo las personas con quienes ella estaba nos habian alcanzado. Venian dos señoras mas, tres ó cuatro hombres á caballo y algunos guias. A la exclamacion de la jóven sobre las flores, un caballero de buena corpulencia, vestido con pretensiones, se apeó de su mula y salvó la cuesta para coger otro ramillete como el mio; pero cuando le trajo, sofocado por haber corrido, la hermosa dama que tenia ya en sus manos el mio, le dijo con un tanto de ironía:

— Gracias, caballero de Mauleon, podeis entregar vuestra ofrenda á estas señoras.

Y luego saludándome con una ligera inclinacion de cabeza, dió un latigazo á su mula que prosiguió su marcha. Las personas que la acompañaban la siguieron y desfilaron delante de mí examinándome al paso; el caballero del ramo me lanzó una mirada detenida, que fué contestada con otra por el estilo. Cuando todos se alejaron, fuí á recoger mi baston que hallé clavado en el tronco de un enorme abeto suspendido al borde del abismo, y continué subiendo con los ojos fijos en la linda amazona de vestido de seda que cabalgaba delante de mí con los bucles al aire y en la mano mi ramillete.

Algunos minutos despues llegué al pabellon de Montanvert donde habia ya mucha gente, sobre todo ingleses. Podianse distinguir allí tantas clases de viajeros como enumera Sterne. En un rincon del único cuarto que sirve de hospicio, el viajero positivo sentado á la mesa y disponiéndose para los goces del mar de hielo mediante unas rodajas de salchichon y una botella de vino; sobre el césped el viajero sentimental abriendo su pecho al aire de los Alpes y buscando con ojo extático la gamuza en las cumbres de la roca, y á su lado el viajero estadista con un plano de Chamouny en la mano contando los picos y los ventisqueros para ver si estan cabales.

Por mi parte debo acusarme segunda vez de la frivolidad ó mejor dicho del refinamiento de mi gusto; el espectáculo verdaderamente admirable que tenia á la vista me interesaba mucho ménos que la hermosa jóven que en aquel momento bajaba ligera el caminito del mar de hielo, por entre enormes peñascos.

Un misterioso instinto me ligaba desde entonces á aquella mujer. Habia visto sin duda otras mas hermosas, pero con la mayor indiferencia, en tanto que esta me habia llamado la atencion desde luego: la singularidad de la primera entrevista entraba sin duda por mucho en mi impresion. Sentia el mayor placer viendo que habia conservado mi ramillete, y que le llevaba en una mano mientras se apoyaba con la otra en un baston de punta de hierro parecido al mio, arma indispensable para semejante expedicion.

Las otras dos señoras y aun los hombres que la acompañaban se detuvieron casi al borde de los hielos. El caballero de Mauleon quiso seguir haciendo el galante, pero al llegar á la primera hendidura hizo alto á su vez sin manifestar el deseo de luchar mas con las gamuzas. La jóven pareció que experimentaba cierto placer malicioso en contemplar la prudente actitud del sigisbeo, y lejos de escuchar las recomendaciones que la dirigia echó á correr sobre el ventisquero atravesando con ayuda de su baston las grietas que le surcaban.

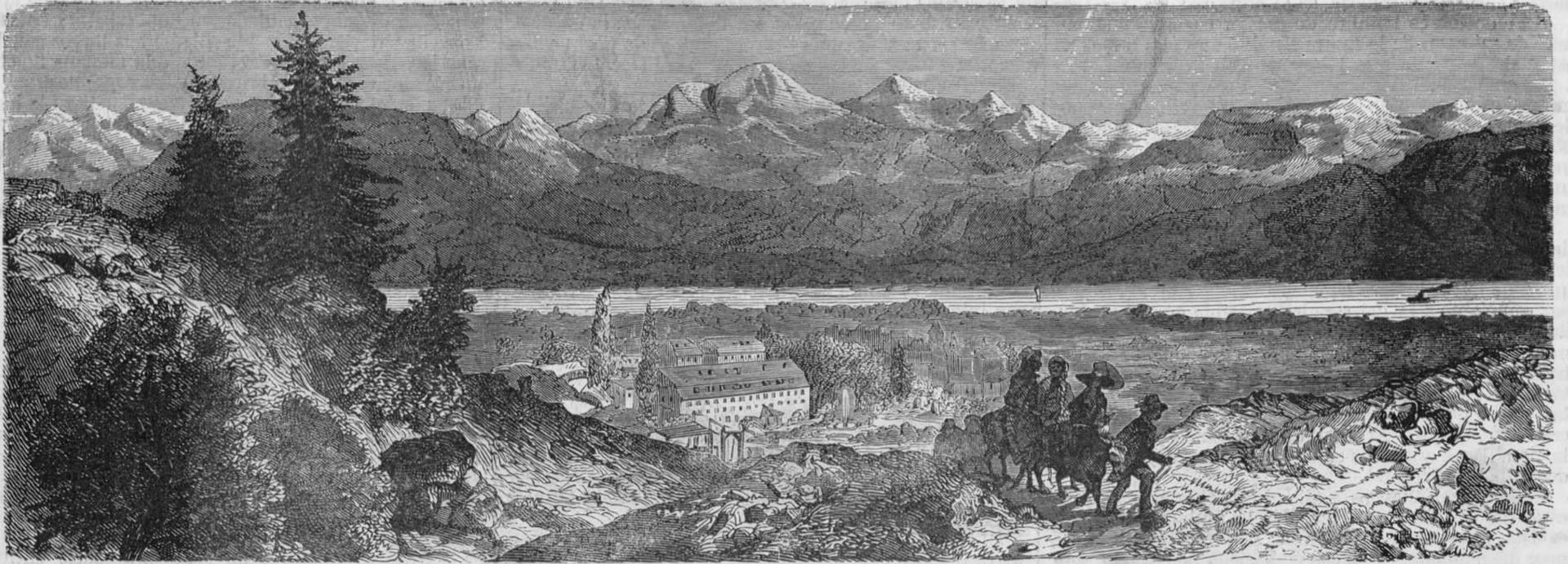
Yo admiraba con algo de inquietud su ligereza y su atrevimiento, cuando de repente vi que se detenia; por una especie de instinto corri hácia ella. Una grieta enorme de una profundidad inconmensurable estaba abierta á sus piés, azul en la orilla y en el fondo negra. Delante de aquel golfo terrible la jóven se habia quedado inmóvil con las manos hácia delante por un movimiento de horror, los ojos ardientes de deseo y de espanto, hechizada como un pájaro que va á caer en la boca de una serpiente. Yo conocia el efecto irresistible de esa magnética fascinacion del abismo sobre ciertos temperamentos nerviosos; la cogí pues, por un brazo, y lo súbito de este movimiento hizo que cayeran de sus manos el baston y el ramillete que rodaron al fondo del abismo con un ruido repetido por el eco que despertaron.

(Se continuará.)

Divona.

LA HIDROTERAPIA.

Cuando se sale de la hondonada cortada en los flancos de piedra del monte Bolando, ántes de llegar á la estacion de Dole se distingue en el fondo de la llanura á mucha distancia una larga línea azulada: es el Jura. A veces sobre esa imponente muralla que parece cerrar



Vista general de los baños y de la aldea de Divona, cerca del monte Mussy.

la llanura, aparecen si está claro el tiempo, las cumbres heladas del Monte Blanco. A medida que se adelanta por la llanura el rey de los Alpes se baja, y acaba por desaparecer detrás de las montañas del Jura que conforme van creciendo toman formas menos fantásticas. Cada vez se distinguen con mayor claridad primero los planos sucesivos de las montañas, luego los valles ó las mesetas que las separan, y por último los bosques que las cubren, las rocas que las coronan, los pueblos y viñedos que dominan y en breve se encuentra uno á la falda de las primeras mesetas.

Curiosos y magníficos espectáculos esperan á los que suben por esos montes. En cuanto se pasa esa bonita aldea de Champagnole donde el Ain se ha abierto un cauce tan pintoresco, se entra en la region de los abetos. Los Alpes no tienen bosques mas hermosos. Torrentes cuyas aguas cristalinas no enturbian durante el estío las nieves derretidas, se derrumban de peñasco en peñasco al fondo de gargantas solitarias donde el arte de los ingenieros no excita menos la admiracion que la sombría y silvestre grandeza de la naturaleza. Mas allá hermosos prados alimentan inmensos rebaños que merecerían una visita especial si fuesen la única curiosidad de esas montañas. Esas casitas rústicas de tejados pardos que solicitan por todas partes la atención merecen igualmente una visita, pues han realizado del modo mas sencillo y satisfactorio el problema tan complicado y difícil de la asociacion. Allí se fabrican esos ricos quesos tan saboreados en Francia. Pero antes de entrar en la choza, detengamos á ese hombre que va tirando de un carrito donde lleva una porcion de cajas de distintos tamaños; supliquémosle que abra esas cajas que transporta al mercado mas próximo y hallaremos los productos de su industria. Ese campesino es un relojero que habita en una de esas mesetas de las rocas donde ni siquiera crecen los abetos. Apégado á esa tierra estéril que no puede darle para vivir, ha sabido con su inteligencia crearse allí los recursos suficientes para ir pasando hasta con decencia; fabrica relojes de bolsillo ó de sobremesa que envían luego á todos los puntos del globo las casas de comercio.

Sin embargo, los valles suceden á los valles y cada vez se eleva uno á mayor altura. Si bajamos un instante hasta el fondo de esa garganta estrecha, caliente, ruidosa y animada que Morez llenó de casas y de fábricas, subimos luego al punto hasta ese ancho y silencioso desierto de Rous-ses, casi siempre

helado que parece colocado allí como para hacer resaltar mejor las bellezas pintorescas que dejamos detrás y las espléndidas magnificencias que vamos á contemplar enseguida.

Apresuremos el paso, entremos en ese negro bosque de abetos que domina á la derecha una de las cumbres mas altas del Jura, el Dole; pero no cesemos de mirar adelante y prontodistinguiremos, en efecto, como brillan sobre los árboles las nieves y los hielos eternos de las cumbres mas elevadas de los Alpes. Desde aquí, á cada paso, el cuadro se embellece ensanchándose; descubrimos poco á poco toda la cordillera del Monte Blanco y los Alpes bernenses, una parte de la Suiza francesa y de la Saboya, y por último, todo el lago de Ginebra que tiene treinta y dos leguas de circunferencia y en cuyas márgenes algunos montones de piedras blancas nos representan Ginebra, Nyon, Rolle, Morges, Lausana, Vevey, Villeneuve, Evian, Thonon, etc.; ¿Quién podría describir tan sublime espectáculo!

Los viajeros que bajan del Jura por la Faucille ó por San Cergues, se apresuran, en general, á pasar á Génova por Ferney ó por Nyon y Coppet; pero deberían desviarse á la izquierda si tomaron el camino de la Faucille ó á la derecha si prefirieron el de Cergues para visitar Divona y el Mussy.

Divona (Divonne) aldea francesa tan limpia y tan agradable como una aldea suiza, se halla situada casi á igual distancia del Jura y del lago Lemán, á quince minutos de los límites de la Francia y de la Suiza al Este y al Norte. Nada la distingue de las aldeas próximas. Sus árboles no son mas vigorosos, sus praderas mas fecundas ni mas verdes, sus casas mas bonitas, sus puntos de vista mas extensos y hermosos, sus cami-

nos mejores; pero posee fuentes como se ven pocas.

A la extremidad de la aldea, á la falda de un pequeño promontorio que corona el castillo de Divona, se extienden varios estanques de superficies desiguales y de una profundidad de un metro. Su agua es de una pureza comparable á la del Ródano cuando sale del lago de Ginebra; se renueva sin cesar y se la ve saltar constantemente en diferentes sitios del fondo de los estanques, cubiertos con una capa espesa de arena amarilla. Levanta esta arena como si estuviese calentada por un fuego subterráneo y al contemplar las ampollitas de aire que se escapan se diría que hierve. Sin embargo, no nos fiemos en esa apariencia engañosa, pues es quizá el agua mas fria que sale de las entrañas de la tierra: solo tiene 6 grados y medio. Que el termómetro baje á 20 grados bajo cero, ó que suba á 40, esa agua extraordinaria conserva siempre la misma temperatura; únicamente antes ó despues de una tempestad pierde un poco de su transparencia; se enturbia y su nivel se eleva cuando principia á calmarse la tempestad. Se ignora de donde viene. Se supone que era el agua del lago de Rousses que atravesaba todo el Jura sin poder disolver y llevarse consigo sus terrenos calcáreos, para venir á saltar así en su base, pero nada lo prueba. Sin embargo, que baje del lago de Rousses ó de un receptáculo desconocido, siempre está fria; es exquisita para beber y corre en tanta abundancia que apenas ha salido de la tierra forma ya un hermoso riachuelo capaz de poner en movimiento todas las ruedas de todos los molinos.

Divona ó el Versoie (tienen dos nombres esos hermosos manantiales) parecen pues, haber sido creados expresamente por la naturaleza para la curación de enfermos por el sistema de la hidroterapia. Yo no soy médico.

La lengua de la medicina es desconocida, de modo que el lector tendrá á bien permitir que recurra para su explicación á un excelente trabajo del doctor Lubanski, doctor del establecimiento hidroterápico del castillo de Longchene cerca de Lyon y del de Niza, escrito publicamente en la parte política del *Correo*; por mi parte me limitaré á decir porque lo he visto, que muchos enfermos han recobrado la salud en Divona como en otros muchos establecimientos hidroterápicos.

Se designa hoy con el nombre de hidroterapia, dice el doctor Lubanski, el conjunto de los métodos curativos en que el agua desempeña el papel principal. Que se trate del agua sencilla ó del agua mineral, del agua fria ó



Patio de entrada del establecimiento hidroterápico de Divona.

DEL NANTOUIL

del agua termal, el tratamiento que consiste en servirse del agua como base de la medicación, lleva el nombre de tratamiento hidrotérmico, y la ciencia que de esto se ocupa especialmente se llama hidrología.

Hace pocos años este nombre de hidroterapia se empleaba exclusivamente para designar un tratamiento en que hacia el gasto principal el agua fría sencilla, y que los alemanes, en donde ha nacido, llaman aun la curación por el agua fría; el método y su nombre han hecho fortuna, después de haber sufrido durante largo tiempo las vicisitudes inherentes a todo invento útil.

Unicamente de este método que-remos hablar aquí. Nos proponemos decir en qué consiste, cuáles son los resultados que produce, y cuál la razón de ser de estos resultados.

Acabamos de decir que la hidroterapia es de origen alemán, y ahora debemos añadir que es de origen vulgar. Un aldeano de la Silesia austriaca llamado Priesnitz fué el primero que la imaginó y la aplicó.

Ya estamos viendo que las armas de los eruditos se alzan contra nosotros, y oímos los nombres de Antonio Musa, médico romano, que curó á Augusto de una enfermedad grave empleando el agua fría; de Hahn, que por el mismo medio combatió una epidemia terrible; de Foyer, Currier y tantos otros; y aun los nombres de Moisés y de Mahoma, célebres hidrópatas de su tiempo: el primero porque obligaba á los hebreos á que hicie-

ran frecuentes abluciones cuando tenían la lepra, el segundo porque dijo á sus creyentes que se lavaran el rostro y las manos hasta el codo antes de principiar su oración.

Todos esos nombres en efecto, y muchos mas aun, han salido á relucir para quitar á Priesnitz su invento. Afortunadamente él no lo notó mucho sin duda, pues no sabiendo apenas leer, nunca pudo ocuparse demasiado de lo que ántes ó después de él se escribió sobre el modo de tratamiento que aplicaba. Además, la hidroterapia salida de sus manos no se parecía por cierto á la de sus antecesores, ni aun siquiera á la de Moisés y Mahoma.

del Consejo de ministros, hizo una proposición análoga. Tres hombres de un mérito reconocido rendian así homenaje al genio del campesino de la Silesia, y proclamaban la utilidad y los triunfos de la hidroterapia.

Hé aquí cómo el doctor Scoutetten (1849) del origen de este método. « En la época de la siega Priesnitz recibió en la cabeza una coz que le arrojó al suelo, y el carro que guiaba le pasó por encima y le rompió dos costillas. El accidente era grave; los cirujanos del país pensaron que el enfermo se había estropeado para toda su vida. Priesnitz quiso apelar de su fallo, y se decidió á tratarse á su modo, consiguiendo una curación perfecta. Esto hizo mucho ruido, y la fa-

Los repetidos triunfos que obtuvo Priesnitz y la rapidez con que se estableció su reputación le atrajeron sobre él y su establecimiento toda la atención general. Muchos gobiernos de la Europa juzgaron conveniente dar encargo especial á médicos de su confianza para que se cercioraran por sus propios ojos de lo que podía haber de útil en el nuevo método.

El enviado de Austria reclamó y obtuvo para Priesnitz la autorización de tratar á los enfermos sin intervención de nadie. El de Prusia, el doctor Hal-mann, proclamando los triunfos incontestables de la hidroterapia, pidió la creación de hospitales especiales para su aplicación. El doctor Scoutetten, en Francia, enviado por el mariscal Soult, entonces presidente



Uno de los manantiales de Divona.



El salon principal del establecimiento termal de Divona.

ma, aumentando todavía la verdad del hecho, llevó hacia él á varios enfermos que padecían despues de largos años. La cura de estos hizo nuevos prosélitos. La reputación de Priesnitz atravesó en breve los nevados montes de la Silesia, y en 1829 se vieron 43 enfermos forasteros en el país, pidiendo los consejos y los cuidados del médico improvisado; en 1832 fueron 118, en 1836 hubo 469, y en 1840 el número de enfermos en Graffenberg se elevaba á 1576.

» Hoy, continúa M. Scoutetten, Graffenberg, es el hospital de los incurables de todo el universo. No sucede como en algunos puntos de aguas minerales donde se va por moda, por imitación; allí todo es serio, los placeres son raros, el confortable es desconocido, y lo necesario apenas se encuentra. Nadie se decide á ese viaje sino despues de haber agotado todos los recursos ordinarios de la medicina. »

Lo que M. Scoutetten decía del número creciente de la clientela de Priesnitz, puede decirse hoy de la progresión que ha seguido el número de establecimientos donde su método se aplica. Hace 12 años el que nosotros dirigiamos en Pont-de-Mousson era el unico en Francia, que en la actualidad posee unos quince. — Lo mismo sucede en Alemania, en Inglaterra, en Suiza, en Italia, en los Estados Unidos de América, etc., y si se sumara el número de enfermos que piden todos los años á la hidroterapia el restablecimiento de su salud, nos sorprendería el progreso que ha hecho este método en la confianza pública.

Semejante resultado á pesar de la oposición que hicieron en un principio á la hidroterapia las Academias y los cuerpos de enseñanza, forma ya una gran presunción en favor de la utilidad de este método. Ahora vamos á ver que este favor es merecido, y que á justo título la hidroterapia ocupa hoy una categoría muy importante en el arte de curar.

El tratamiento de Priesnitz atentamente observado, estudiado con cuidado y perfeccionado sencillamente por las numerosas facultades que se han ocupado de él, consiste en una aplicación metódica del agua fría, del régimen alimenticio y del ejercicio muscular.

El agua fría se emplea en la hidroterapia al interior y al exterior. Interiormente forma la bebida ordinaria de los enfermos en las comidas, y además consumen cierta cantidad segun las diferentes indicaciones propias de cada individuo en particular. Exteriormente se emplea en lociones, fomentaciones locales ó generales, baños generales ó particulares, asfusiones, inmersiones, irrigaciones, gárgolas de toda clase, de todo volumen y de diferentes presiones.

El régimen alimenticio, apropiado tambien al estado general y á las fuerzas digestivas de cada uno, varia segun las diversas circunstancias dependientes de la enfermedad.

El ejercicio muscular difiere igualmente segun las fuerzas individuales, y se dirige de modo que su influencia se haga sentir particularmente hacia los músculos ó los órganos mas débiles.

En la acción combinada de estos tres agentes consiste todo el método de Priesnitz que ha sabido obtener grandes resultados con estos medios tan sencillos.

Sin embargo, por sencillo que pueda parecer el agente principal de este método, el agua, ya hemos podido ver bajo cuántas formas puede ser empleado, y además la forma no es aquí la única circunstancia que hace variar los efectos que dependen lo mismo de la duración de la aplicación de cada medio, de la frecuencia mas ó menos reiterada de su empleo, y en fin de la temperatura del agua empleada. Una gárgola no obra de la misma manera que un baño de piscina, y el resultado que puede producir este debe variar necesariamente segun el agua que puede estar á 6, 7, ó 13 centígrados, y segun el modo, pues el enfermo puede sumergirse en ella ó permanecer algunos minutos. Lo mismo sucede con todos los demás medios. Son aires diferentes (ha dicho un poeta que debe la salud á la hidroterapia) que un hábil artista toca sobre una sola cuerda, pero ¡cuántas variedades de sonidos puede hacer oír segun el lugar donde pone el dedo, y segun el vigor con que lleva el arco!

La sencillez de los medios que emplea la hidroterapia, unida á la diversidad de sus resultados, ha sido causa del entusiasmo de sus primeros propagadores, así como tambien lo ha sido de la incredulidad de sus adversarios. Ni unos, ni otros habian reflexionado suficientemente; pero la sorpresa de las gentes de mundo, en las que la gratitud se mezclaba con el asombro, era seguramente mas fácil de comprender y de excusar que podía serlo la reprobación de algunos hombres del arte. En todos tiempos la medicina preconizaba el agua, el régimen y el ejercicio como las condiciones mas propias para restablecer ó mantener la salud, y cuando se viene á decir que estas condiciones, bien combinadas, han producido en manos de Priesnitz resultados curativos notables, los médicos dudaron y negaron. Afortunadamente no era esto para todos nosotros mas que una primera impresión que cedió ante un exámen detenido de los hechos, y hace diez años ya que un profesor de la facultad de París la proclamaba diciendo en su escrito sobre las aguas de las orillas del Rin, que en los valles de la Suiza y en los muros de Elnates y de Paris la hidroterapia producía grandes resultados. (Toussaint.)

Por variables que sean los efectos de la hidroterapia en cuanto a los resultados curativos definitivos, tienen un carácter comun que permite presentar su conjunto. Los enfermos sometidos á este tratamiento experimentan al cabo de cierto tiempo un aumento señalado de todas las fuerzas vitales que coincide con un bienestar

general manifestado en lo físico y lo moral. Los mas indolentes adquieren una disposición marcada á la actividad, y los paseos, correrías y ejercicios se hacen con un gusto que no vienen á contrariar las fuerzas musculares. Despiértase al mismo tiempo un apetito inusitado, que lejos de ser el resultado de una excitación pasajera del estómago, es la expresión real de una necesidad de reparación, necesidad á la que responden perfectamente las funciones de las vias digestivas aun en las personas que desde hace muchos años padecen de digestiones penosas. Todos los actos de la vida que concurren á la nutrición se resienten igualmente de este aumento de actividad general; las excreciones se hacen fáciles y regulares, las diferentes incomodidades, como entorpecimiento, somnolencia, consecuencias inevitables de la mala digestión, desaparecen, y lo mismo sucede con las preocupaciones que dan ordinariamente á los enfermos las turbaciones de estas funciones. El espíritu se resiente tambien, la morosidad y la apatía ceden el puesto á otras disposiciones. El trabajo intelectual se hace más fácil, y cesando la imaginación de hallarse atormentada por los padecimientos del cuerpo, no engendra ya esos mil fantasmas que tan á menudo desolaban el espíritu de los melancólicos y de los hipocondríacos y que labran la desgracia de todos los que se hallan á su lado. El cútis de muchos enfermos cambia á ojos visto, toma esa animación que es el atributo de la salud, y los resultados de la mejora de las funciones de nutrición se hacen sentir en breve por el aumento ó la disminución de la robustez.

Esta contradicción entre los resultados que se producen bajo la influencia de la misma curación, es solo aparente, pues el exceso de robustez así como la magrura son consecuencia de un vicio de nutrición, y no es de extrañar que desaparezcan con un tratamiento que devuelva esa función á sus condiciones normales. Y podemos afirmar haber visto enfermos que perdían casi 20 libras de su peso en tanto que otros, sometidos al mismo régimen, ganaban carnes en las mismas proporciones.

Uno de los resultados mas constantes y notables que se observan en los enfermos sometidos al tratamiento de la hidroterapia, es la resistencia que adquieren contra las variaciones atmosféricas. Sabido es que muchas personas son impresionables á los cambios de la temperatura, á la humedad, al viento, etc.; tampoco se ignora los males diferentes que causa esta impresionabilidad; pero es difícil figurarse, si no se ha visto, hasta que punto de exceso puede llegar esa triste disposición. Hay enfermos que presienten muchos dias de antemano, tanto y mejor que un barómetro, un cambio de tiempo; los hay que pasan la vida en privaciones y precauciones de toda clase para garantizarse de las impresiones del aire, que como la espada de Damocles, siempre les amenaza. En vano acumulan vestidos sobre vestidos, franelas sobre franelas; su impresionabilidad crece en proporción de las precauciones que toman contra ella. Reducidos con frecuencia á una reclusión absoluta durante el invierno, ven como declina su salud de año en año, á pesar de todos los cuidados que toman durante el buen tiempo. Yo he visto y veo todos los años algunos cuya historia pareciera un cuento, tan llena está de males que engendra esa susceptibilidad; ahora bien, segun la opinión general, que no puede ser mas fundada, nada puede igualar los triunfos que la hidroterapia obtiene en esas ocasiones. ¡Cuántas personas la deben una transformación completa, y que desafiaban impunemente la intemperie, despues de haberse despojado progresivamente de montones de vestidos bajo cuyo peso sucumbían!

LA MINA DE ORO,

6

DON GUTIERRE FERNANDEZ DE TOLEDO.

POR EL CONDE DE FABRAQUER.

(Continuación.)

— Su crimen es haber durante cinco años expuesto su vida todos los dias... Su crimen es haber querido enriquecer á su país y dar pan á los hambrientos habitantes de esta comarca.

— ¿Qué decís?

— La verdad; os estremeceis, lo veo, al saber que el pensamiento de una víctima conduce á unos ladrones al triunfo. ¿Comprendéis ahora por qué don Gutierre viene á entregarse á la justicia sin pruebas?... Porque espera comparecer delante de los jueces del rey que le condenarán tal vez á muerte, pero que no podrán impedirle gritar en pleno tribunal: « Castellanos, os engañan; el autor del libro que os ha de enriquecer es mi hijo condenado á galeras, y el traidor á quien van á confiar dos mil de vuestros hijos... los hará perecer todos; se derrumbarán en los precipicios, porque la montaña no obedecerá sino al que ha tenido la fuerza de hacerse dueño de ella... » y ese es mi hijo... mi hijo robado, deportado... Y si me condenan, entonces cuando mi cabeza caiga debajo la hacha del verdugo delante de la muchedumbre, la muchedumbre dejará caer silenciosamente una lágrima, diciendo: No puede ser culpable el que ha venido á entregarse él mismo á morir para revelar la verdad; el que ha derramado su sangre por economizar la nuestra. Y la muchedumbre pe-

dirá la vuelta de mi hijo que volvcrá glorioso y rehabilitado á reconquistar su plaza y su grandeza; á reemplazar al impotente padre al lado de su pobre abandonada hermana... Y cuando de lo alto de los cielos yo vea todo esto, lejos de quejarme de mi pasado destino, yo daré mil gracias á Dios, y le pediré que vele sobre mis hijos.

— ¿Bajo qué nombre os habeis ocultado hasta ahora?

— Bajo el de tío Pedro.

— ¿Pedro?...

— Sí; pero hoy soy don Gutierre Fernandez de Toledo que os pide que apresuréis su juicio.

Oyéronse al mismo tiempo en la parte exterior de la abadía grandes gritos de alegría y aclamación. Corrió Olmedo á la ventana para ver lo que era, y quedó aterrado al ver á don Enrique de Trastámara que volvía ántes de las tres horas señaladas.

Don Gutierre apresurábase á salir á su encuentro para arrojarse á sus piés, cuando estorbándole el paso Olmedo, le dijo:

— ¡Infeliz, aguardaos! Os perdeis.

— ¿Qué me importa, si salvo mi hijo?

— No lo salvaréis.

— ¿Y por qué?

— ¿Por qué? Porque ha muerto.

— Muerto... Sí, muerto, el almirante Boca-Negra tenía orden del rey don Pedro de echar á pique la galera de los deportados.

— ¡Muerto! ¡Alvaro mío! exclamó Horando el anciano padre.

— No debo ocultároslo en este momento. Evitad la vista del rey que no os creará inocente en la muerte de su madre. Id á aguardarme á esa otra estancia... yo os proporcionaré la fuga... pronto y bendeciréis mi prudencia. Venid, vá á entrar el rey; ¿Queréis dejar huérfana á María?

Al nombre de su hija volvió en sí cual si despertase de su dolor el afligido anciano, y se dejó arrastrar por Olmedo á otra habitación casi en el mismo instante en que Enrique de Trastámara iba á atravesar la habitación en que se hallaban para entrar en su cámara real, en donde triste y abatido se dejó caer sobre un sillón con las señales mas marcadas de un profundo pesar.

Volvió poco despues Alfonso Fernandez Olmedo tranquilo de haber evitado la conferencia de don Gutierre con el rey, y halló á este sumamente afligido, porque apenas se habia internado en el camino y los bosques con su caballo habia sabido que la cabaña del leñador Pedro habia sido destruida hacia dos meses por un incendio... y no habia tenido la fuerza necesaria para ir á convencerse por sí mismo. ¿Qué habia sido del tío Pedro y de María? Habia preguntado á muchos por ellos y nadie le habia dado razón. Tal vez habian muerto víctimas de la guerra ó de la miseria... ¡Muerto! ¡ah! esta idea era horrible y hacia sufrir mucho á don Enrique.

— Vuelva vuestra alteza en sí, le dijo al cabo de un rato Olmedo, Castilla os pertenece.

— Y yo pertenezco á Castilla, ¿no es verdad? dijo levantándose don Enrique. No tengo derecho de llorar, lo sé; he conquistado un trono, y sabré defenderlo con los inesperados recursos que ha descubierto tu genio. Quiero honrar en tí el trabajo y el mérito, pídemelo cuanto quieras.

— Vuestra firma sobre un pergamino.

— ¿Quieres comprometerme á que te otorgue una recompensa?

— No, señor.

— ¿Es una condena?

— Tampoco.

— ¿Un perdon?

— Quiero solamente evitar con él una desgracia.

— Me fio en tu humanidad; un hombre de tu genio no puede ser injusto; respetó tu secreto; y al mismo tiempo llamó al capitán de sus arqueros.

Entró este y varios de sus cortesanos, y en tanto que el rey firmaba en su pergamino y estampaba sobre él el sello real, Olmedo con satánica sonrisa pensaba en su interior:

— ¡Don Gutierre Fernandez de Toledo está perdido!

— Y bien, ¿y tu miedo? dijo Fortuño á Olmedo en tanto que escribía el rey.

— Se dispó, ya lo ves.

— ¿Y don Gutierre?

— Lo tengo cogido.

— ¿Y el tío Pedro?

— Tambien. Vete.

Fortuño procuró escabullirse prontamente entre la turba de cortesanos que habian entrado en la cámara del rey. Este, entregando el pergamino en blanco firmado y sellado á Olmedo que lo recibió con una profunda inclinación de respeto procurando dominar sus sentimientos, se dirigió á sus cortesanos diciéndoles:

— Ahora á montar á caballo para volver á Leon. Tú, Olmedo, vendrás á mi lado.

Salió acompañado de este; bajo el pórtico de la abadía montó á caballo entre los aplausos y vivas de aquellos sencillos montañeses, y seguido de su comitiva tomó el camino de Leon.

Sobre un banco de piedra casi oculto detrás de un pilar del gótico pórtico de la abadía de Santa María de Arbas, veíase un hombre inmóvil apoyando su cabeza en ambas manos, levantóla lentamente, y dejó ver su rostro. Aquel hombre era Alvaro. Habíase borrado el ruido de los caballos en su rápida marcha, y aun no habia tenido fuerza para levantar la cabeza para mirar. Habíale arrastrado allí entre la muchedumbre activa y

alegre un pasajero delirio: habia venido allí, porque hay tormentos en que se complace el alma, disgustos que quiere uno desafiarse, porque á pesar de todo él era el hombre desposeído de lo que al pueblo y á la corte toda llenaba de alegría. El solo debia llorar, él que al volver á aquella tierra ni habia encontrado ni á su padre ni á su hermana. Hizo un esfuerzo sobre sí, y entró en la abadía que acababa de ser el palacio de un rey.

II.

Apénas acababa Alvaro de entrar en uno de los aposentos de la abadía, cuyos sitios conocia perfectamente, cuando un anciano mal vestido, asustado, receloso, mirando hácia atrás, entró corriendo y se arrojó á sus piés.

— ¡Quien quiera que seais, no me perdais! exclamó abrazando sus rodillas.

Oíase á lo lejos el confuso rumor de los gritos de los que le perseguían, de los que habian perdido sus huellas...

— ¿Qué temes? dijo Alvaro.

— Vienen persiguiéndome.

— ¿Y por qué?

— Porque me han reconocido por una de las gentes de don Pedro los soldados de la comitiva de Enrique, pero han perdido la pista... ¡Oh! no me entreguéis á ellos.

— ¿Y qué vienes tú á hacer á Asturias proscrito?

— Dios solo lo sabe conmigo.

— Y yo, yo lo adivino. Tú, satélite de don Pedro, vienes para herir á don Enrique de Trastámara.

— No.

— ¿Eres partidario de don Pedro y me recomiendas el silencio!..... ¿No sabes cuánto mal me ha hecho ese rey?

— No soy ni satélite ni amigo de don Pedro; voy á probaroslo. Si os ha hecho mal, tal vez me ha hecho á mí mas mal aun, á mí, á quien ha destituido, confiscado sus bienes, enviado á galeras... Mirad, no os engaño; ved en mis brazos la señal aun de las cadenas.

— ¡Enviado á galeras! ¿Y cuándo? preguntó sorprendido Alvaro.

— Hace un año.

— Es imposible; hace un año fué echada á pique la galera y muertos todos los galeotes.

— Ex epto yo, contestó vivamente el anciano. El almirante Boca-Negra, á quien yo habia curado una herida, me hizo trasportar á su galera ántes de echar á pique en la que estaba. El médico salvó al almirante. El almirante ha protegido la huida del médico... ¡Qué muera si miento!

— No te perderé, quien quiera que seas. Fuimos sin saberlo compañeros de infortunio. Mira, yo tambien puedo enseñarte la señal de las cadenas que han amarrado mis brazos, y para escaparme he tenido que luchar con el naufragio, con las olas del mar embravecido que me arrojaron aun vivo sobre las rocas de la costa... ¡No, no te perderé!

— ¡Oh! gracias, contestó tranquilizado el anciano.

— ¿Y qué vienes á hacer aquí?

— Vengo porque bien pronto seré poseedor de secretos y papeles que me vengarán de un traidor, me volverán dentro de algunos dias mi antigua posición en la corte del rey de Castilla.

Oyéronse en aquel momento en una de las lejanas estancias de la abadía los gritos de una mujer que pedía socorro con grande instancia. Temeroso el anciano de que viniese gente, quiso huir para evitar le vieran; empero Alvaro deteniéndole, le hizo ver que no eran gritos de venganza los que se oían sino de pedir socorro. Echaron á andar por los largos y silenciosos claustros hácia el sitio donde se oían las voces. ¡Cuál no sería el asombro de Alvaro al reconocer en la mujer que pedía socorro á su hermana María! Abrazóla con poca admiración del anciano sorprendido de aquel imprevisto reconocimiento.

— ¡María! la dijo Alvaro sosteniéndola, porque se hallaba á punto de desmayarse, ¡para quién pedías socorro, hermana!

— ¡Para mi padre, mi padre que se muere!

— Venid, dijo Alvaro cogiendo de la mano al médico que habia salvado al almirante, mi padre tiene necesidad de vuestro socorro; guíanos, hermana.

— Aguarda, hermano... dijo María deteniéndole. Nuestro padre está demasiado débil para soportar tan grande emoción. La alegría de verte tal vez le mataría.

Apoyó el médico esta observacion, y siguió á la jóven. Quedó solo Alvaro entregado al mayor dolor, temiendo no le llamasen sino cuando ya hubiese dejado de vivir. Quería al ménos verlo; y dirigíase ya hácia la puerta del aposento en que se hallaba, le hizo retirarse de ella el temor de que su presencia podría tal vez matarle. Mas poderoso el amor filial que la prudencia, hizole llegarse poco á poco otra vez hasta la puerta desde donde todo lo podía ver sin ser visto; desde allí oyó que á la pregunta del anciano médico de la causa del accidente de su padre habia respondido María que al recibir una carta que le habian dado, la habia hecho pedazos y arrugado para que ella no pudiese leerla, causándole una horrorosa desesperacion y paralizado sus sentidos, hasta el punto de creerlo muerto. Temblando seguia María desde dentro y el hijo desde fuera las operaciones del médico, que con algunas friegas logró hacerle volver en sí.

— Acaban de anunciarme que se ha firmado mi destierro; que debo salir inmediatamente de Castilla y de Leon, y no tendré ni un sepulcro en mi patria ni la

mano de mi hijo que me cierre los ojos en la última hora.

No pudo contenerse mas ya Alvaro, precipitándose en medio del aposento, le dijo con amor:

— ¡Os engañais, padre mio!

— ¡Alvaro! gritó don Gutierre; y vacilando vino á caer en sus brazos.

— ¡Animo! le dijo Alvaro sosteniéndole, ¿no veis que en la hora del destierro os envia Dios vuestro hijo?

El médico, siempre temeroso, habia salido por los claustros á ver si se habian dirigido hácia la abadía sus perseguidores, dejando así libres al padre y á los hijos para entregarse á la expansion recíproca de sus afectos.

— ¡Alvaro vivo!... Mi hijo en Asturias... En Asturias, donde triunfan los ladrones.

— Yo sé, padre, que el reinado de Enrique de Trastámara es tan inicuo como el de don Pedro: sé que destierra, que condena tambien sin juzgar: sé que Castilla nos rechaza: Castilla, por quien tanto he hecho yo, nos rechaza como á sus hijos malditos... Y bien, olvidémosla, locamente he consagrado mis sudores y vigilias, cuando os dejaba á vos, padre mio, y á tí hermana la miseria y el hambre, ántes de abandonarla, ¡perdonadme, padre mio! y al mismo tiempo postrábase de rodillas en su presencia.

— ¡Alvaro! no te arrodilles, exclamó su padre, en el suelo de Castilla. Aquí debes estar de pié y con la cabeza muy alta: y á pesar de su ingratitude, yo quiero que un castellano, yo, se incline delante de tí como delante de un semi-dios. Y despues inclinándose con adoracion exclamó: ¡Yo te saludo, genio!

— ¡Y yo abro los brazos para abrazarte, mártir.

Arrojáronse en sus brazos, abrazándose tiernamente el padre y el hijo. María lloraba.

— Ahora marchemos.

En aquel momento entró el anciano médico, á quien poco ántes habia protegido contra sus perseguidores Alvaro, y acercándose á él le dijo:

— Necesito hablaros.

— ¿Qué me quereis?

— Una palabra.

— ¡A mí!

— Es preciso absolutamente que os hable.

— Es el médico, padre mio... permitidme... adelantos con mi hermana, yo os alcanzaré junto á la cruz de piedra del pórtico.

Salieron al claustro el padre y la hija, y quedóse aun en el aposento Alvaro y el fugitivo anciano.

III.

— ¿Qué me quieres decir? le preguntó Alvaro, así que hubieron quedado solos.

— Acabo de haceros un favor y vengo á pedirvos otro.

— Nada puedo hacer por tí, yo tengo precision de marcharme.

— ¡Oh! yo no puedo contar sino con vos, pues necesito el socorro de un castellano. Yo, judío, no puedo confiarme en este país á nadie sin temer su venganza sino á vos, que acabais de alargarme vuestra mano, porque los dos hemos estado en las galeras: y yo quiero daros si quereis servirme el medio de hacer vuestra fortuna.

— Nada espero de los hombres.

— ¿Y si el hombre todo lo puede?

— Jamás podrá lo bastante... Yo marchó al destierro con mi padre.

— Yo obtendré su perdon.

— Imposible.

— ¿Su crimen?

— Ninguno.

— Obtendré justicia para él, entónces.

— Es preciso para eso la omnipotencia de Dios.

— ¿Y si yo fuese un dios para estos reinos?

— ¡Vos! ¿y cómo?

— ¿Cuándo atravesabais por las inmediaciones de la abadía, no habeis visto pasar cabalgando al lado de Enrique de Trastámara, un hombre en quien todos fijaban sus ojos con entusiasmo y admiracion?

— Sí, lo he visto.

— Y bien, ese entusiasmo, esa admiracion debian pertenecerme.

— ¿A vos?

— Sí, porque yo he escrito ese libro, el que he descubierta esa riqueza en las montañas de que Olmedo, que me cree muerto, ha osado decirse inventor.

— ¡Vos!... ¿Pues quién sois? preguntó con asombro Alvaro.

— Samuel Leví.

— ¿El antiguo ministro, médico y tesorero del rey don Pedro?

— El mismo.

Sintió un movimiento de indignacion Alvaro, que costóle no poco reprimir al acordarse que aquel indigno judío era el que habia firmado su condenacion. Procuró componer su rostro y le preguntó:

— ¿Pero cómo está ese libro en su poder?

— Me lo ha robado.

— ¡Robado! ¿á vos? ¿y cuándo?

— Hace un año.

— ¿Por qué no le habeis acusado por el robo?

— ¿He podido hacerlo acaso?... el ladrón me habia hecho traidoramente condenar á galeras.

— ¡Ah! sí.

Admiróse de la coincidencia Alvaro: á él le habia condenado Levi para apoderarse del libro, y Levi á su vez y por igual objeto habia sido condenado á instigacion de Olmedo.

— ¿Comprendeis ahora cuál será mi poder? continuó Samuel Leví. Y vos y vuestro padre podeis ayudarme á conquistarlo.

— ¿Y cómo?

— Los que me han visto intentar y llevar secretamente á cabo esta grande obra han muerto todos, por la peste unos, por la guerra otros. Os bastará declarar que habeis sido testigos.

— ¿Mi padre y yo?

— Los dos.

— Pero Alonso Fernandez Olmedo podrá probar lo contrario.

— Caerá del favor al punto.

— ¿Y quién lo derribará?

— Tú.

— ¿Yo?

— Sí, acusándolo de un crimen.

— ¿Por qué no lo haceis vos?

— Tengo razones para no presentarme en la corte hasta que haya desaparecido él de ella.

Conoció Alvaro que los dos ladrones se temian, pero veia que la Providencia enviaba un rayo de luz que podia influir en su suerte, así es que le preguntó:

— ¿Pero de que le he de acusar?

— Le acusaréis de haber al principio del reinado de don Pedro, asesinado con su propia mano en Talavera de la Reina á doña Leonor de Guzman, la madre de Enrique de Trastámara, rey hoy de Castilla y de Leon.

Mudo de asombro quedó Alvaro. Su corazon latia fuertemente; sus labios apénas podian articular una palabra, así con voz balbuciente solo pudo decir:

— De haber asesinado... Repetidmelo, yo lo he oído mal sin duda.

— A doña Leonor de Guzman, la madre de Enrique de Trastámara el rey.

Luego Alvaro rápidamente le dijo:

— Pero si doña Leonor de Guzman fué asesinada por un capitán desleal.

— Don Gutierre Fernandez de Toledo, ¿no es esto?... Don Gutierre, condenado por el rey.

— No me acuerdo precisamente de su nombre... pero sin embargo, nadie ha podido penetrar en el castillo de Talavera que él guardaba.

— Sí, porque don Gutierre se hallaba aquel dia postrado con una terrible fiebre...

— ¿Y entónces?...

— Entró un escudero que dió de puñaladas á doña Leonor de Guzman y huyó sin ser visto.

— ¿Y quién era aquel escudero?

— Olmedo.

— ¡Oh! vos decís eso, vos... pero ¿quién seria capaz de probarlo?

— Yo.

— ¿Vos?... ¿Pero cuáles son vuestras pruebas?...

— Una carta en que Olmedo cuenta al rey el éxito criminal de su empresa, solicitando su recompensa.

— ¿Y esa carta?... la teneis...

— La tendré.

— ¿Dónde la encontraréis?

— En Leon... entre los papeles secretos del rey.

— Pero esos papeles habrán perecido en las revueltas civiles porque hemos pasado.

— Imposible, los he ocultado yo mismo en un lugar secreto y seguro.

— Pero ¿cuándo me daréis esa carta acusadora?

— Dentro de tres dias en Leon, en la plaza de palacio al amanecer.

— Allí me encontraréis, Samuel Leví... y entónces con la prueba en la mano haré caer al asesino. Bien pronto mi padre y yo vendremos luego á atestiguar vuestros trabajos en la montaña... y volveréis á palacio á vuestro antiguo poder.

— Entre las bendiciones de Castilla, respondió con orgullo Leví.

— Bien merecidas, señor... bien merecidas.

— Y entónces, yo haré justicia á tu padre.

— Me voy ahora mismo porque quiero llegar el primero á Leon.

Iba á marcharse en efecto, pero le detuvo Alvaro diciéndole:

— Una palabra aun.

— ¿Qué quereis?

— Estais proscrito, podrian... podrian prenderos ó mataros en el camino los que ahora hace poco os perseguian... decidme donde están ocultas esas pruebas... porque entónces yo mismo os vengaria impidiendo á Olmedo triunfar impunemente. Vos quereis ser vengado, ¿no es esto?

— ¡Oh! sí.

— Pues bien, decidme, ¿dónde están esas pruebas?

— No puedo... con esa carta hay otros papeles que nadie debe de ver.

— Las pruebas de sus crímenes, pensó para sí Alvaro, añadiendo despues en alta voz: Entónces, que Dios guarde vuestra vida y os libre de la venganza de vuestros enemigos.

— En saliendo secretamente de la abadía de Arbas estoy en salvo.

— Daos prisa.

— Adios... dentro de tres dias.

— Dentro de tres dias en Leon...

— En la plaza de palacio.

— En la plaza de palacio, repitió Alvaro acompañándolo.

— ¿Estaréis?

— ¡Oh! ¡no tengais cuidado, Samuel Leví!

Marchóse el ex-ministro judío del rey don Pedro.

Quedóse solo Alvaro. Había llegado su hora. Un momento antes tan abatido, veía ahora despertarse en él sus doradas ilusiones, gloria, poder, patria... y la inocencia de su padre. Había recobrado en un momento su vida, su honor, su salvación, todo en fin. La desgracia no le había vuelto loco, y á punto estaba de hacerle perder la razón su repentina felicidad. Tanta alegría después de tantos y tan largos padecimientos le quitaron las fuerzas. Tardó largo tiempo en reponerse, pero al fin pudo salir de la abadía é ir á encontrar á su padre y hermana que tristes y llorosos le esperaban para emprender el camino del destierro, junto á una cruz de piedra que había en el pórtico de la iglesia de la abadía.

— Vamos, Alvaro, le dijo su padre, es tarde y debemos caminar mucho aun.

— ¡Padre mio!... exclamó con júbilo Alvaro: ¡capitan don Gutierre Fernandez de Toledo ya no estais des- terrado!

— ¿Qué dices?...

— No, padre, ya no iréis al destierro.

Afligiéronse aun mas el padre y la hermana, creyendo que Alvaro se había vuelto loco.

— No, no estoy loco, prosiguió este. No marchamos ya, porque á estas horas sé quien dió de puñaladas á doña Leonor de Guzman en el castillo de Talavera de la Reina.

— ¡Gran Dios! exclamaron á un tiempo don Gutierre y María.

— Sí, padre mio, y Castilla no nos rechaza ya: nos llama.

— ¿Pero quién te ha dicho eso?

— Samuel Leví...

— El, que fué quien te condenó á galeras.

— ¡Para robarme! sí... sí... y que acaba de revelar-me el asesinato de Olmedo que obtiene el favor del rey, y el entusiasmo popular en su lugar: pero no veis que el ladrón ha sido robado, que los dos ladrones se pelean

y se devoran... y que cuando se hayan ahogado mutuamente podremos gritar nosotros: plaza al capitan don Gutierre Fernandez de Toledo, el valiente, el inocente!... ¡plaza á su hijo Alvaro el hijo de la montaña!... paso á nosotros... ¡oh! venid...

— ¿Dónde quieres llevarnos?

— ¡Al palacio del rey!

— ¡Cuidado!...

— ¡Oh! no temais nada, padre mio: don Enrique de Trastámara ha sido engañado por Olmedo: pero yo quiero defenderos... Siento mi mente inspirada por un rayo del Altísimo.

— Sí, guíanos, exclamó su padre.

— Seguidme.

— ¿Por qué camino?

— Por el camino real, padre mio... ¡A Leon!

— ¡A Leon! hijos míos... ¡á Leon! gritó con entusiasmo el tio Pedro, ya pudiendo darse á conocer con su noble nombre.

Rápidamente se pusieron en marcha con la alegría en el semblante y la esperanza en el corazón.

IV.

En la plaza de Leon alzábase sombrío con gótica arquitectura el palacio de los reyes de Asturias y Leon. Iluminaba la luna con sus plateados rayos sus altos muros y calados torreones de filigrana de piedra. Todo se hallaba en silencio. Oíase solo el acompasado paso de los centinelas del palacio y el ruido que hacían los cuantos de sus lanzas al tropezar en el suelo.

Un hombre anciano, pobre y modestamente vestido, estaba de pié en una esquina de la plaza con la vista clavada en las ojivales ventanas del palacio. Era Samuel Leví, el hombre que un año antes mandaba tanto como el rey don Pedro en aquel mismo palacio. Ahora contemplaba el favor de Olmedo... Meditaba qué pasajera iba á ser su gloria. Uno de los enviados á galeras se había salvado... uno solo... pero este era el que le había

al marchar predicho su desgracia... y Samuel Leví era profeta... Sabía que Olmedo no tenía mas cómplice que Fortuño. Fortuño no quería mas que oro... y él tenía aun grandes tesoros, que escondidos había provisoriamente sustraído á la codicia de don Pedro, y salvado de la confiscación en el día de su desgracia. Sabía que Fortuño debía pasar por allí para entrar en el palacio, y lo aguardaba.

En efecto, á poco rato vió atravesar por el medio de la plaza á un hombre que en su andar vacilante y en todo su porte mostraba estar algo ébrio. Samuel Leví, á quien interesaba asegurarse del silencio de aquel hombre en quien había reconocido á Fortuño, salió á su encuentro interponiéndose en su camino diciéndole:

— Fortuño, una palabra.

Fortuño lo reconoció también inmediatamente, y dando dos pasos hácia atrás cual si viese en su presencia un fantasma evocado del averno, exclamó aterrado:

— ¡Samuel Leví!...

— Silencio... respondió este mirando con desconfianza al rededor de sí.

Fortuño con la sensación de ver delante de sí vivo á Samuel Leví, recobró de repente la razón que le tenían perturbada algun tanto los vapores del vino, y dirigiéndose hácia él le dijo:

— ¿Pero no habían muerto todos los galeotes?

— Yo me he salvado.

— ¡No ha sido mala fortuna para vos!...

— Tú has sido el cómplice de Olmedo, que impulsó mi caída, que ha querido perderme, lo sé...

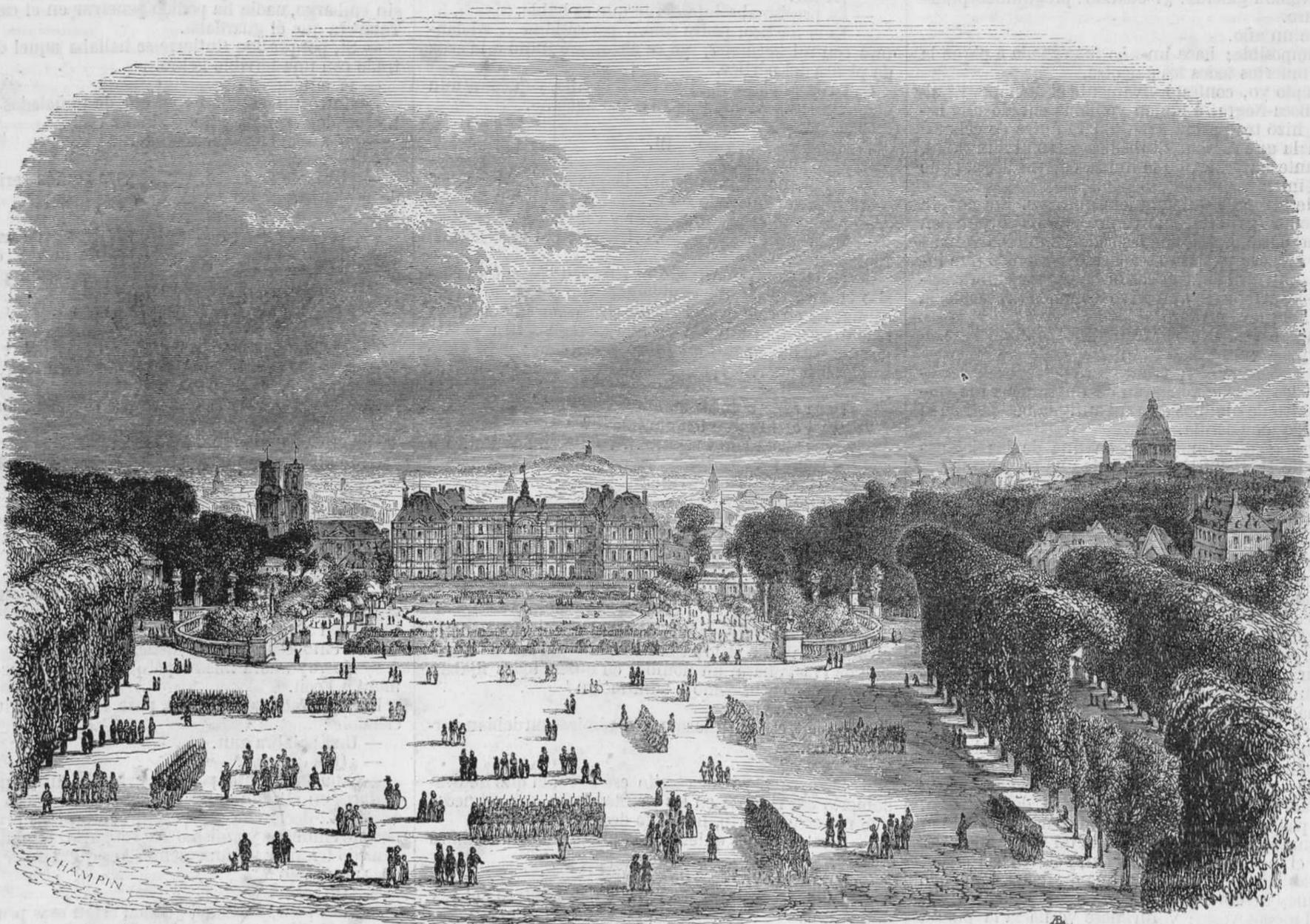
— No lo niego.

— Pero no tiembles á mi vista.

— ¡Temblar!... ¿Y por qué?... contestó con descaro Fortuño. A mí me gustan las aventuras... estoy muy sereno...

(Se continuará.)

El palacio del Luxemburgo.



El palacio del Luxemburgo y sus jardines á vista de pájaro.

Este palacio se llama así porque fué construido en un terreno que pertenecía al duque de Epinay-Luxembourg. María de Médicis puso la primera piedra en 1615 y Santiago Desbrosses que fué el director de las obras, recibió la orden de imitar en este edificio la arquitectura del palacio Pitti de Florencia.

Este monumento se distingue por la belleza de sus proporciones, por su perfecta simetría y su solidez, aun-

que muchos encuentran en él cierta monotonía. Habitado por el conde de Provenza, en época posterior por Luis XVIII y otros príncipes hasta la revolución, sirvió de cárcel en este último tiempo; luego se estableció allí el Directorio que cedió el puesto al Senado *Conservador*; reinando Luis Felipe estuvo en él la cámara de los Pares, y en el imperio actual se encuentra allí el Senado.

En este palacio hay un gran Museo donde están los

cuadros mas notables de los artistas franceses contemporáneos.

Los jardines, después de los de Tullerías son los mejores de la capital. En medio de ellos hay un estanque octógono del cual parte una hermosa y larga alameda con una doble hilera de árboles que conduce hácia el Observatorio y que fué plantada por los años de 1795. Todo el jardín está adornado con estatuas.